

LANZA DEL VASTO



El lector no encontrará en este libro las mil y una técnicas suscitadas por la acción no-violenta o ecológica, inaugurada hace ya casi cincuenta años por Lanza, Gandhi y otros. La obra apunta a las causas de la violencia, desde el pensamiento dialéctico, filosófico y religioso del autor. Lanza del Vasto no es un pesimista; su vida entera de reformador, de hombre de acción, de fundador de Comunidades no-violentas del Arca, de promotor de grupos urbanos de *aliados* y de *amigos*, sus libros, sus conferencias en los cinco continentes nos hablan de que el fin del mundo no es algo natural ni fatal. Está en manos del hombre perpetrarlo o evitarlo. Por este motivo, antes de morir, nos deja este último aviso a la humanidad como un resumen de toda su enseñanza, de toda su acción, en una palabra de toda su vida, rica de experiencia y reflexión. *La no-violencia es un hecho histórico... Es urgente que descubramos cómo manejar esta fuerza para que sea eficaz... La no-violencia es una violencia convertida... Es la conversión de la cólera en amor.*

LA FUERZA DE LOS NO-VIOLENTOS

PARA EVITAR EL FIN DEL MUNDO

BIBLIOTECA
AUTOREALIZACION
ORIENTE OCCIDENTE



EDICIONES MENSAJERO

LA FUERZA DE LOS NO-VIOLENTOS LANZA DEL VASTO

Lanza del Vasto

LA FUERZA DE LOS NO-VIOLENTOS

Para evitar el fin del mundo



Mensajero



Lanza del Vasto (1901-1985), reformador social, poeta y pensador francés de origen italiano. En 1948, tras su visita a la India, donde conoció a Mahatma Gandhi, funda la Comunidad del Arca y publica su primera obra, titulada *Peregrinación a las fuentes*. Posteriormente fundaría nuevas comunidades en todo el mundo cuyos miembros recreaban el modo de vida del cristianismo primitivo. Conocido como el *Apóstol de la Paz*, todo su empeño estuvo dirigido a combatir las cuatro lacras de la humanidad contemporánea: *guerra, violencia, miseria y esclavitud*. Escribió varias obras de las cuales podemos destacar: *Las cuatro plagas, Umbral de la vida interior; La aventura de la no-violencia; La Iglesia frente a la guerra, etc.*

Versión española de Juan Antonio Irazabal
del original francés "Pour éviter la fin du monde"

PREFACIO

Para evitar el fin del mundo, ¡vaya título más ambicioso!, pensará alguno¹. Lo sería, efectivamente, si la palabra "mundo" estuviese tomada en el sentido antiguo de universo, de creación universal, del que sabemos pertinentemente que, habiendo tenido un comienzo —el big-bang inicial de los astrofísicos modernos?— tendrá necesariamente un fin, que nada ni nadie podría impedir. Los estoicos griegos, que pensaban que este fin sería obra del fuego, lo llamaron *ekpurrosis*, palabra que los latinos tradujeron por *conflagratio*; es decir el incendio universal, la explosión final de los fuegos artificiales...

Pero la palabra "mundo"² tiene también un sentido más restringido: designa, ya desde los Antiguos, a esta pequeña mota de polvo de nuestra galaxia que se llama el planeta Tierra, con todo lo que encierra de vida y, en primer lugar, sus habitantes, los hombres. No cabe duda de que la Tierra está amenazada, como todo lo demás, por un fin que los sabios pueden calcular a grandes rasgos, pero que no sucederá mañana... y tampoco lo podrá evitar nadie. No obstante, desde la última guerra mundial, la idea de un fin de este mundo por desgaste o por un cataclismo (un choque de astros, por ejemplo), va siendo claramente reemplazada por otra: la de la destrucción del mundo, o si se prefiere de la vida sobre la tierra, por el hombre mismo, sea por medio de bombardeos como los de Hiroshima o Bikini, en guerras que desde ahora se están preparando, sea, más lentamente, más insidiosamente, pero de manera no menos cierta, por la uni-

1. El libro llevaba ese título en la edición original francesa.
2. Cf. página 73, página 87, etc.

versal contaminación del aire, de la tierra y de las aguas que ya ha comenzado.

Por supuesto, este fin del mundo no es ni natural (más bien sería *contra natura*) ni fatal. Está en manos del hombre perpetrarlo o evitarlo. Por este motivo Lanza del Vasto, antes de morir, envía este último aviso a la humanidad suicida, como un resumen de toda su enseñanza, de toda su acción, en una palabra de toda su vida, rica de experiencia y reflexión.

El lector no encontrará en este libro las mil y una técnicas suscitadas por la acción no-violenta o ecológica inaugurada hace ya casi cincuenta años por Lanza, Gandhi y otros.

Es ante todo a las causas, mejor aún a *la* causa, de la que todo lo demás procede, a donde el autor de este libro nos conduce sutilmente, como dialéctico y filósofo que es, habituado sin duda a reflexionar y a razonar, pero sobre todo, digámoslo, con la perspicacia del genio y del hombre prudente, y también del creyente.

Puesto que es el hombre (en todas parte se comienza a reconocerlo) el que, más o menos conscientemente, prepara su propio fin y el de todos los vivientes, ¿qué ceguera, qué locura, qué demonio es el que lo empuja a ello? ¿Por qué, por ejemplo, le hace falta desatar guerras fratricidas, cada vez mejor llamadas "conflagraciones" munitiales, en las que, literalmente y en todos los sentidos, una parte del planeta se inflama y se disipa en humo? ¿Por qué perduran en el mismo de los estados estas cuatro plagas alternas que son la miseria, la esclavitud, la guerra y la sedición, ampliamente denunciadas por Lanza en otras ocasiones? ¿Por qué también, incluso bajo las apariencias de paz exterior y civil, continúa inexorablemente el saqueo de la naturaleza y la contaminación universal? ¿Es el hombre, como han dicho algunos, un "animal desnaturalizado", del que nada puede salir más que el mal y ello hasta su propia destrucción?

Lanza no es un pesimista: su vida entera de reformador, de hombre de acción, de fundador de *comunidades* no-violentas del Arca, de promotor de grupos urbanos de *aliados* y de *amigos*, sus libros, sus conferencias en los cinco continentes... todo lo prueba. Tampoco profesa la religión del pasado y sabe reconocer en todas partes, ayer como hoy, cuantas maravillas encierra la humanidad: belleza, bondad, justicia y santidad...

Profeta, Lanza del Vasto lo es, en primer lugar a la manera de todos los *vates* antiguos, para los que poesía y profecía no eran más que una y la misma cosa. Pero lo es también a la manera como en general se entiende hoy esta palabra, como la entienden los que se informan y tienen ojos para ver y oídos para oír.

Pero de nada serviría profetizar, si no se creyera a pies juntillas —era el caso de Lanza— que hay una escapatoria para este aparente callejón sin salida, simplemente si se hace lo que es preciso *para evitar el fin del mundo*.

Hacer lo que es preciso, está bien dicho, pero más precisamente, ¿qué hay que hacer? ¿Y cuál es este mundo cuyo fin se trata de evitar? Ya hemos dado el sentido de esta palabra. ¿No habría un tercer sentido, un "mundo" cuyo fin, al contrario, habría tal vez que precipitar? Este tercer mundo lo han conocido bien los primeros cristianos. De él habla Cristo muchas veces en el Evangelio, por ejemplo cuando dice a sus adversarios: "Yo no soy de este mundo. Vosotros sí sois de este mundo, por eso os ama el mundo; a mí el mundo me odia". Y también cuando afirma: "Yo he vencido al mundo". Y responde finalmente a Pilato que le pregunta si es rey: "Mi reino no es de este mundo". Frases erróneamente interpretadas por muchas generaciones cuando traducían: "así pues, pertenece a otro mundo", o sea: ¡después de la muerte!

Para los cristianos y para el Evangelio "El Príncipe" o, si se prefiere, "el principio" (etimológicamente es la misma palabra) de "este mundo" es Satán. Pero principio significa también "comienzo", "origen"; lo cual condujo a Lanza a reflexionar, tras tantos otros, sobre el misterio del pecado original. Ya Pascal, en sus *Pensamientos*, había exclamado: "Y sin embargo, en este misterio, el más incomprendible de todos, nosotros somos incapaces de comprendernos a nosotros mismos... de manera que el hombre es más inconcebible sin este misterio que lo que este misterio es inconcebible al hombre".

Uno de los mayores éxitos de Lanza será sin duda el haber recogido el desafío de Pascal y de siglos, y el haber vislumbrado en parte el misterio "más incomprensible de todos". Dejamos al lector que admire el descubrimiento a lo largo de este libro de este pecado original que no se encuentra solamente en el origen de los tiempos, sino en el

origen de casi todos nuestros actos. Es el "conocimiento" pervertido por el disfrute egoísta y el lucro y convertido en adelante en "ciencia del bien y del mal". En una palabra: "lo que todo el mundo hace todo el tiempo, incluso los mejores".

¡Pues vaya!, dirán algunos: "¡Ese es el mal propio de los sinvergüenzas, ladrones, estafadores, disolutos y canallas de toda ralea!". Este mal, dice Lanza "es absolutamente insignificante...". El verdadero mal, el del Príncipe de este mundo "es aquel cuyo servidor comprometido, pagado, honrado y decorado es la gente mejor". Y añade: "No es por culpa de los vicios y de la malicia por lo que se producen las guerras y las revoluciones y persiste la miseria. Es a causa de la virtud y de la ciencia de los que son demasiado inteligentes". Porque evidentemente, Hiroshima y Nagasaki no son obra de viciosos o borrachos, sino de grandes científicos, de militares y de políticos sesudos...

Entonces, ¿qué hacer para encontrar la solución, para evitar el fin del mundo, para hacer que llegue el Reino de los Cielos, que está "en nosotros" y "alrededor de nosotros"? "Amigo mío", dice Jesús, "hay que nacer de nuevo". "Qué es lo que te ha conducido, comenta Lanza, a liar te en ese sistema tan complicado de comodidades? ¿Tus faltas, tus defectos, tu malas intenciones?" Tal vez. Pero más aún: "el pecado, el de todo el mundo... la inteligencia torcida y todo lo que deriva de ella: el mundo al revés".

Si el comienzo —y la clave— del Antiguo Testamento, es el pecado original, el Nuevo Testamento, el Evangelio, la Buena Noticia "es que se ha encontrado la llave de salida... una salida, una manera de salir de la pesadilla, de la locura, de la violencia, de la injusticia, de la opresión, en una palabra, del pecado". ¿Y cuál es el remedio? La conversión, el pasar de fuera a dentro, el volver a Dios y a uno mismo, el echar por tierra el pecado universal, el espíritu de lucro. ¿Y qué es lo contrario de este espíritu mundano que tiende al disfrute egoísta y al lucro? También está en el Evangelio y se llama "caridad", ese "amor sin mezcla de odio o de indiferencia", esa manera de ser propia de Dios, que va desde el amor al prójimo sea quien sea hasta el amor del enemigo, que se extiende como en el caso de S. Francisco a toda la creación y a todas las criaturas, en una palabra el Reino de los Cielos transformado en "una manera de ser".

¿Y qué hace la no-violencia en todo esto? preguntan al final de este libro unos periodistas extrañados de que el autor de la *Peregrinación a las fuentes* y el discípulo de Ghandi no haya vuelto a hablar de ella. Responde en unas pocas fórmulas concisas y contundentes: "Observemos que el poder de la no-violencia se ha revelado en la época de la bomba atómica..."

"La no-violencia es un hecho histórico... Es urgente que descubramos cómo manejar esta fuerza para que sea eficaz. [...] La no-violencia es una manera de proceder que resulta de una manera de ser [...] le falta eficacia en cuanto llega a faltarle verdad... La no-violencia no es natural... es un esfuerzo por salir de dos estados naturales: violencia y cobardía... La no-violencia es una violencia convertida... Es la conversión de la cólera en amor".

Pierre SOUYRIS

PROLOGO

**Las conversaciones
del lago Saint-Côme**

*La no-violencia es una manera
activa de combatir el mal.
Rechazar la violencia
sin oponerle una contra-violencia.
Rechazar la injusticia
sin cometer injusticia.*

Compañeros de la primera hora, profesionales, intelectuales, obreros, empleados, parados descontentos de nuestra sociedad, han emprendido el camino; pero sin enarbolar banderas, rojas o negras.

Muchos de ellos habían retomado, a ejemplo del Maestro, la alforja y la áspera vestidura de peliza tejida a mano, todos se volvieron a encontrar en Saint-Côme, aldea solitaria de Quebec, sita al borde de un lago. Era, en efecto, una alto en el camino lleno de simbolismo, puesto que la aldea se encontraba en el término de una ruta que termina después de miles de hectáreas del Gran Norte.

Allí fue donde, magnetófono en mano, nos encontramos con los peregrinos.

En un gran chalet con olor a pino y a cera de abeja, escuchamos a Lanza del Vasto, sentados a su alrededor a la usanza india. Durante varios días: le escuchamos hablar de los tres poderes liberadores, de la Caridad, de la Justicia, de las cuatro plagas; y también le entrevistamos.

El Maestro no había inventado nada. ¡Pero lo había vuelto a descubrir todo! La enseñanza del Galileo se hacía por fin inteligible, clarificada. No para aquellos que podríamos llamar "las buenas personas en posesión tranquila de la verdad", sino para un amplio abanico de personas fuera de lo común.

Lanza del Vasto, al que Ghandi había apodado *Shamidas* —Servidor de la paz— no hablaba solamente a sus adeptos: se dirigía a hippies, sinceros o embaucadores, a animadores de grupos y de *comunidades* experimentales, a estudiantes revolucionarios, a hijos de papá. Pudimos recoger incluso las confidencias espontáneas de una persona con antecedentes penales, las de una libertina que había arrastrado su hastío por todo el mundo.

Durante un corto espacio de eternidad, todos intentaron comprender el Mensaje; nadie se fue con las manos vacías. Escuchaban a Lanza como le escuchan los de París, Nueva York y Los Angeles. Algunos nos hicieron esta confidencia: "Era tal vez la última oportunidad".

El magnetismo de Shantidas, su mística de la no-violencia, sus argumentos aparentemente muy simples, pero que ya habían trastocado la Historia, no transmiten su encanto únicamente en el marco encantador de un lugar retirado como Saint-Côme. Antes de irse, Shantidas pronunció una conferencia en la Biblioteca Nacional de Montreal.

Además de los habituales, los amigos del Arca, había, también allá, multitud de jóvenes parados rezumando droga, la mayoría vestidos andrajosamente, pero venidos en vehículos de lujo; revolucionarios luciendo jerseys con los colores de los Patriotas de 1837 y enarbolando banderas del vietcong; anarquistas, modelos expulsadas por los cafés de moda.

También allí, estos elementos heterogéneos —los de siempre, intelectuales, hedonistas o activistas convencidos—, escucharon religiosamente. Y aunque algunos permanecieron herméticos a la Palabra de paz de Lanza del Vasto, no se oyó ninguna voz discordante. Ni se lanzó ningún insulto.

Impresionada por la majestad del Maestro, la multitud, recogida, parecía agarrarse a la tabla de salvación que le lanzaban. Se podía aceptar o rechazar sus tesis, el diálogo permanecía siempre abierto. En ningún momento se respiró la atmósfera de un sermón o de una predicación histórica.

Las Conversaciones del lago Saint-Côme fueron puestas por escrito, a partir de las cintas magnéticas, por Jean-Guy Dubuc, cronista de temas espirituales en *La Presse* y profesor de la Universidad de Ottawa. Posteriormente fueron revisadas por Lanza del Vasto en persona.

Lanza del Vasto quiere transmitir un mensaje de esperanza para todos los que todavía creen en las posibilidades del Hombre. La crítica que Shantidas hace de nuestra sociedad, aunque severa, dista de ser negativa. Porque nos transmite una verdadera tradición esotérica, por cierto la única que él reconoce, y que se enuncia de la manera siguiente: *conocimiento, posesión, don de sí mismo*. Tradición universal, mensaje de Paz, de Alegría. Motivo para vivir.

Jean-Louis MORGAN

PRIMERA CONVERSACION

Acerca de la libertad y la ley

*La acción directa
es muy peligrosa. Lleva consigo
dos peligros: el primer peligro es
no alcanzar el fin propuesto;
el segundo es que tenga éxito.*

Vamos a hablar de la libertad.

La primera idea que viene a la mente cuando se habla de libertad es ésta: la libertad consiste en vivir sin ley, puesto que ésta implica una coacción para nuestra libertad.

Es difícil dar una buena definición de la ley, una definición universal. Igualmente, es imposible dar una definición del ser, porque habría que decir: "Ser es...", lo cual supondría que ya se sabe qué es el ser.

Definir la ley es casi igualmente difícil. Pero todo el mundo sabe, incluso sin definición, lo que se entiende por "ser". Ahora bien, la ley es la forma del ser en el tiempo.

Así pues, decir que un ser existe sin ley, es más o menos como decir que existe sin ser. De hecho, todo lo que *es* posee una ley o soporta una ley.

La imagen de la libertad podría ser una pluma al viento, una hoja seca que vuela o unos palos flotando. Esos seres no están atados, pero de ninguna manera son libres. Están empujados y arrastrados por leyes, por cierto muy sencillas: ni uno solo de sus movimientos escapa a alguna ley, a una ley ajena.

Aquí queda más clara la relación entre la libertad y la ley. No tiene libertad el que soporta una ley ajena. Posee libertad el ser que se rige por su propia ley.

¿Dè qué se queja una nación que no es libre? De soportar la ley de otra nación. Lo cual no quiere decir que, cuando alcance la libertad, ya no se guiará por ninguna ley: se guiará por la ley que se dará a sí misma. Guiarse por su propia ley es ser libre.

Esta definición se aplica incluso a los seres inanimados. El agua fluye hacia abajo. Dejada en libertad sobre una pendiente, el agua

fluye. Si se le impide fluir, se para. Tiene vida y belleza cuando corre, pero muere si queda estancada. El cuarzo cristaliza en hexágonos: es su ley. Hay manera de impedirlo, puede soportar presiones y calores que hacen que el hexágono se encuentre en peligro, forzado, deformado.

El pájaro, el animal salvaje siguen su propia ley; el animal doméstico sigue la ley del hombre.

"Todos los hombres, se dice, nacen libres e iguales": es un texto célebre, pero es totalmente falso. Imaginad un niño recién nacido: no tiene nada de libre. La única libertad que tiene es la de gritar —y por cierto que usa y abusa de ella—, pero por lo demás se encuentra enteramente sometido a la voluntad de sus padres. Si se le abandona, morirá.

Se discute sobre el problema de la libertad: ¿El hombre es libre o está determinado?

Es uno de los innumerables problemas que no se resuelven ni con *sí* ni con un *no*, sino solamente con un *más* o *menos*. Ningún hombre es del todo libre; ningún hombre está del todo ligado. Todos tenemos un cierto margen de libertad, que se puede aumentar no sin esfuerzo. No somos libres, pero tenemos la libertad de liberarnos.

En efecto, hay servidumbres voluntarias y cadenas aceptadas libremente. ¿Hay que decir que ellas construyen nuestra libertad o que la expresan? Puede darse una renuncia libre a la libertad; puede darse incluso una renuncia heroica.

Todo contrato en el que nos comprometemos es una renuncia libre a la libertad. La libre aceptación de un pacto me abre a un cierto número de obligaciones. No de coacciones, sino de obligaciones.

Si contraigo una deuda, estoy obligado a pagarla. No es mi propia ley, pero tampoco es contrario a ella. Al pagarla, me libero.

En cuanto a los deberes, ¿son coacciones aceptadas voluntariamente o más o menos voluntariamente? El que cumple su deber claramente indicado por la razón sigue libremente la ley propia del hombre. El que pretenda liberarse de él siguiendo su capricho o su pasión, se desgarrará, se contradice y se pierde.

En lo más alto de todos estos compromisos, está el matrimonio, un compromiso libre para toda la vida. Incluso en el caso de un ma-

trimonio decidido por libre elección, por un fuerte sentimiento, este sentimiento puede muy bien dejar de existir tres años después. Es el caso típico de una libertad coaccionada: es preciso que la razón y el deber sometán al sentimiento, puesto que el sentimiento los viola.

Pero cuando razón y sentimiento marchan a la par, no hay coacción de ninguna clase. Alguien ha dicho: "El colmo de la libertad es cuando se llega a hacer lo que se debe como si no hubiera otra posibilidad".

De hecho, cuando definimos la libertad como la posibilidad de guiarse por su propia ley, es preciso añadir también que esta ley es una ley enmarcada. No es más que un detalle en una ley de conjunto. La ley del animal salvaje forma parte de la ley de la jungla. El hombre, en cuanto que es animal, se encuentra bajo el conjunto de las leyes de la naturaleza, al mismo tiempo que sus obligaciones y su condición social le impiden seguir esas leyes. Somos tal vez menos libres que cualquier animal, porque en nosotros se encuentran varios niveles de leyes a causa de la complejidad de nuestra naturaleza.

De hecho, se dan tres grados del ser.

El ser material, —la piedra, el agua—, está regido por un conjunto de leyes que podríamos llamar de gravedad y de choque. Las cosas se empujan unas a otras, las cosas se encuentran y entorchocan, se separan y se funden. Cuando podemos determinar estas leyes, nos damos cuenta de que a este nivel ningún ser puede desviarse de ellas. Es exactamente a tal temperatura cuando el agua comienza a hervir, el hielo se derrite y los líquidos se evaporan. Ninguna gota de agua, en ninguna parte, puede escapar a esta ley.

Existe otro nivel de leyes para los animales. Podemos decir incluso que es, de alguna manera, contrario al precedente. La vida, desde su aparición, marcha a contrapelo de la materia: la vida se yergue. Los objetos caen, pero el animal se levanta. Se levanta sobre sus patas o alza el vuelo con sus alas. Así pues, nos encontramos ante una combinación de leyes contrarias, ante un juego entre dos planos diversos. El animal, por puro capricho, puede escapar a la ley del primer grupo. Puede incluso hacer violencia a la ley de la vida, dándose la muerte.

Además del plano material y del plano vital, existe un tercero. Es el plano espiritual o simplemente humano. Y también aquí, como dice S. Pablo: "Encuentro en mis miembros una ley contraria a la ley del espíritu".

La vida también encuentra en la materia una ley contraria a la de la carne. Por tanto no se da un determinismo universal como lo conciben los científicos; tal determinismo no es más que una hipótesis de trabajo; porque las cosas se hacen comprensibles en la medida en que estas leyes universales funcionan. Pero una ciencia más avanzada descubre que no se puede comprender todo y que hay que admitir siempre "un cierto margen de error", como se dice hoy.

En el hombre, hay pues tres planos, tres registros de leyes que actúan a través del cuerpo, del alma y del espíritu. Leyes materiales, puesto que la comunión con la naturaleza es cotidiana, indispensable y de cada momento. Tan cotidiana como su liberación respecto a la materia. La absorción alterna con la eliminación de todo lo que es absorbido. Vivir es como nadar a contracorriente en medio de la materia. Esto ya a nivel de los seres vivos, sin hablar del espíritu.

Nosotros somos, pues, seres que constan de tres niveles, niveles que están más o menos bien acordados. El ajuste no está siempre dado por la naturaleza. Además, está alterado por la educación y la adaptación a una sociedad. Una de las condiciones de la liberación del hombre es que sepa acordar sus tres naturalezas.

Es como un acorde de tres notas: es preciso que cada una esté afinada y que tengan entre ellas una distancia suficiente. Entre los tres planos, es necesaria una distancia, algo que indique claramente su originalidad propia.

Uno de los obstáculos a la libertad es pasar de un plano al otro, sin casi darse cuenta. Es encontrarse tan aplastado que el conjunto se oscurece y se embrolla.

Añadamos que, para el hombre, se da un cuarto plano, el intermedio entre el vital y el espiritual: el plano de lo *artificial*. Lo artificial que nos absorbe y a veces nos envuelve porque hay confusión entre los planos. Este plano de lo artificial es el de la sociedad humana y las convenciones.

El hombre es un "animal social", "la sociedad es connatural al hombre". Hasta cierto punto, sería más exacto decir que el hombre es un animal medianamente social. Tal vez esté hecho para una pequeña sociedad, para la tribu constituida por un padre de familia, un abuelo, algunos primos, un clan. Una sociedad patriarcal, de treinta o cincuenta personas más o menos, constituiría una sociedad humana natural.

En nuestras sociedades, a las necesidades naturales vienen a añadirse, cuando no las suplantando, los deseos fantásticos, las opiniones dominantes y las constricciones imaginarias. Finalmente, todo el sistema de las leyes de la decencia, la urbanidad, la conveniencia, el decoro y, encima, las exigencias de la vanidad y los vicios.

Hablemos de la gran ley de la sociedad, la ley del estado, que hay que observar bajo pena de cárcel o de muerte.

Al principio era muy sencillo. La ley es la voluntad del jefe. El gran jefe es el que piensa y quiere para todo el mundo. El que es más que los demás porque es el más fuerte.

Si la ley es la voluntad del rey, el rey podría querer aplicarla a los demás y estar él mismo exento. Si reina sobre hombres libres, estos se unirán para impedirlo.

Pero el rey puede dar órdenes en conformidad con unas leyes que no acepta para sí mismo. Hace pactos con gentes que domina porque aceptan estar dominados. De esta manera, los reyes de Aragón escuchaban este discurso de circunstancias el día de su coronación: "Nosotros que valemos, cada uno, tanto como tú y que, juntos, podemos mucho más, te tomamos como rey y señor y te obedeceremos a condición de que tú observes las leyes del país, los consejos y los parlamentos. De lo contrario, no".

En las monarquías constitucionales, el primer acto de la coronación es el discurso del trono. El rey jura entonces respetar la Constitución, es decir el conjunto de reglas y leyes que le impiden hacer su propia voluntad. Cuando se trata de un monarca absoluto que en principio puede hacer su voluntad, la hace menos aún porque se convierte en un verdadero peligro público contra el que se toman precauciones. Se toma buen cuidado de rodearlo de una corte, de procurarle muchos placeres para distraerlo; tendrá su harem, sus favoritas,

sus consejeros. Ya no hay manera de saber quién es el que manda: si es el rey o es su concubina.

Basta con ver qué rápidamente los Merovingios se convirtieron en reyes holgazanes, en dos generaciones, cuando sus padres habían sido unos bárbaros terriblemente activos y peligrosos.

Pero un día se dijo: ¡basta! Y se destronó a todos los reyes. Se declaró que cualquiera podía hacerse rey: a condición de que tuviera a la mayoría en su favor.

Se organizó entonces un pequeño juego de sociedad que se llama el "voto". Todo el mundo cree en una voluntad general, una voluntad del pueblo, de las masas. Se intenta extraer esta voluntad por el juego de los números. En realidad, lo que de esta manera se hace es fabricarla enteramente.

Hay que observar en primer lugar que la voluntad es algo específicamente diferente de un simple encuentro de voluntades forzadas. Ahora bien, es esto último lo que pasa cuando se habla de la voluntad de los pueblos.

No hablo de todas las trampas, de todas las mentiras, de todos los arreglos, de todas las promesas o presiones de una campaña electoral. Porque, incluso si no se diera nada de todo esto, nos encontraríamos siempre ante la ley del número y si la balanza se inclina de un lado, sólo por unos votos de diferencia, la mitad del país se ve arrastrada a su pesar a escoger como jefe a una persona que detesta.

Además, no existe ley sociológica más segura que ésta: el número de los imbéciles es superior al de los prudentes. Por tanto, confiar en la ley de la mayoría es escoger la mediocridad. Menos mal que se trampea y que las personas demasiado inteligentes saben servirse de los imbéciles. Es "demasiado inteligente" el que sabe manejar en provecho propio a los idiotas: ése es el arte de los dictadores.

Si la ley de la mayoría dominara siempre, entonces la dictadura estaría asegurada. En realidad, las cosas no pasan de esa manera: hay una clase intermedia que intercede y hace arreglos. Una clase que se encuentra a medio camino, gracias a la cual no se llega a la estupidez total. La democracia total no existe porque, en toda sociedad, hay dominadores y dominados. Y en una sociedad en la que todos son diferentes, la igualdad no se hace sin recurrir a la fuerza. Así

pues, para que todos los hombres sean iguales, hay que hacerlos iguales. Y los que igualan a los demás no son iguales a los igualados.

¿Cómo encontrar el medio para no verse forzado por nadie y para no forzar a nadie —puesto que las dos cosas van unidas?

Los que fuerzan a los demás, quiero decir los que ejercen el poder, se imaginan que tienen más libertad que los demás. Pero ésa es una ilusión, porque están sujetos a aquellos mismos que ellos sujetan.

Un simple padre de familia tiene en sus manos los cinco grandes poderes: el poder legislativo, que hace la ley; el poder judicial, que castiga y corrige con más o menos generosidad; el poder ejecutivo, por supuesto; el poder sacerdotal, en las familias tradicionales de ciertos países en las que el padre es sacerdote del culto de los antepasados; y, en fin, el poder financiero.

El tirano absoluto, el rey, el potentado, en cambio, no tiene más que el poder de fumar su manguile y reinar sobre su harem. De vez en cuando, le arrancan algunas condenas o algunas concesiones de gracia. Es todo. Para librarse de él, existe el asesinato. Raros son los déspotas que no han terminado sus días con una cuerda al cuello o un puñal en la espalda, mientras que en general un honrado presidente de la República muere en la cama, cómodamente. En Argentina, por ejemplo, en la revolución de 1970, entraron en el palacio del gobierno. Y dijeron: "Bueno, se ha terminado". Un presidente se instala, el anterior toma un taxi y vuelve a su casa. Eso no cambia casi nada ni tampoco hace que las cosas vayan mejor. Pero son las ventajas de la democracia liberal.

Aristóteles dice: "El método de elección en democracia es tirar a suertes; en aristocracia, el voto". Me parece muy sabio.

Sabio, porque si todos somos iguales y todos libres, se echa a suertes, se toma a cualquier ciudadano y se le entrega la autoridad. Sin discusión alguna. Se ha tirado a suertes bajo la mirada de los dioses.

Para la aristocracia es diferente. Nos repartimos el poder entre un centenar de familias, como en Venecia. Nos conocemos todos, todos hemos sido educados de la misma manera: desde los diez años, hemos seguido a nuestro tío embajador o ministro, hemos sido iniciados en los asuntos del estado. El estado es un asunto de familia: tenemos interés en que sea elegido el mejor para dux.

Lo mismo se puede decir de la elección de papa. Se empieza encerrando a todos los cardenales en un conclave. No pueden ni salir ni tener contactos con el exterior. Todos se conocen y pueden elegir con conocimiento de causa.

Vivimos dentro de un conjunto de leyes que necesariamente va con retraso respecto a la vida.

La legislación no ha sido redactada por un genio —un genio que hubiera tenido el don de la justicia, de la misma manera que otros lo tienen de la inspiración poética.

Según la leyenda, Atenas o Esparta habría tenido uno de los Siete Sabios de Grecia para dictar sus leyes. Pero, sabio o no, el legislador no ha inventado nada; no ha hecho más que ratificar cierto número de costumbres ya establecidas constituyendo con ellas un código.

La ley viene a ser no una obra de la razón, sino un equilibrio entre fuerzas, entre fuerzas contrarias.

No es verdad que la fuerza puede más que la ley. Pero es verdad que es ella la que determina el derecho. El derecho confirma estados de fuerza, posiciones adquiridas que la ley se limita a registrar y fijar. La vida cambia, pero lo escrito permanece, la ley permanece. Es posible que gocemos de privilegios o nos encontremos oprimidos por prohibiciones derivadas de situaciones de hecho de hace quinientos años, cuando no de mil. Por eso la ley está atrasada respecto a la Historia.

La innovación de la democracia liberal ha consistido en inventar una ley para reformar la ley. El Parlamento puede presentar proyectos de ley, puede aprobar los decretos del ejecutivo o rechazarlos. Este pequeño juego permite corregir los errores más groseros y los mayores retrasos. Por eso, como decía Churchill, "la democracia liberal es el peor sistema. Sí, el peor salvo... salvo todos los demás". Como recurrir a la acción directa.

Acciones directas: manifestaciones en las calles, fijación de carteles, agitación. He ahí unos medios políticos más o menos legales en un estado liberal, prohibidos por la ley en otros regímenes, pero que a pesar de ello se practican. Están también las huelgas, con signo político o no. Pero la acción directa es muy peligrosa. Comporta, de hecho, dos peligros.

El primer peligro es no alcanzar el fin que se propone. La acción directa va a crear agitación y ésta a su vez provocará la represión: la intervención de las fuerzas de policía o incluso del ejército. Entonces se da aplastamiento y terror. Es uno de los grandes peligros de la acción directa.

El segundo peligro de la acción directa es su propio éxito. En este caso, los agitadores consiguen encontrar un jefe más fuerte y asustado que los que están en el poder. Si triunfan, tendrán, pues, por tirano a su propio jefe escogido por ellos mismos en el fuego de la acción. Y en el fuego de la acción tal vez funcionaba muy bien, pero ascendido al poder por la fuerza, tendrá que mantenerse de la misma manera y continuar siendo un tirano. Y un tirano bastante más avisado, bastante más duro que el anterior, que aquel que fue derrocado, porque éste sabe muy bien cómo se hace la revolución y también cómo se la frena. El mismo ha empleado la acción directa. Pero no admitirá que sea empleada contra él.

Pocas veces se cae en la cuenta de que las revoluciones violentas desembocan, en general, en el extremo opuesto de lo que se proponían.

"Libertad, igualdad, fraternidad", divisa de la Revolución Francesa; lo que se consiguió fue una libertad ilimitada para explotar al prójimo. La igualdad entre los millonarios y los proletarios no conviene mucho. En cuanto a la fraternidad, hay que reconocer que hizo funcionar a la guillotina, que también es una manera de igualar.

A continuación la Revolución Rusa: "la sociedad sin clases", "la desaparición del estado". Puesto que si se les quita sus propiedades a los hombres, ya no hay razón para explotarlos. Y así el estado no hace ninguna falta.

En el Estado del Gran Turco, éste, en principio, tiene todos los poderes, incluso el poder financiero. El que tiene alguna propiedad y ahorra unos escudos para legarlos a sus descendientes, es porque el Gran Turco no consiguió llevarse todo lo que le pertenecía. Pero si le place cortar algunas cabezas y confiscar fortunas, no hace más que tomar posesión de lo suyo. Lo mismo sucede en el estado comunista.

Todo esto para decirnos que siempre tenemos buenas razones para oponernos a las leyes, como las tenemos también, y muy buenas, para someternos a ellas.

Hay dos cosas que son perfectamente estúpidas: la primera es estar siempre en contra de la ley y del poder; la segunda, igualmente estúpida, es ser siempre obediente. El hombre libre es el que sabe obedecer y también sabe decir *no*.

Naturalmente, su *no* será más poderoso porque acostumbra a obedecer fielmente y es un buen servidor de la ley y del bien común. Pero a un energúmeno que quebranta continuamente la ley y está siempre protestando no se le escuchará cuando proteste de nuevo. Sus protestas recaen sobre su cabeza.

No juramos expresamente obedecer a la ley, sino que sacamos provecho de ella. Hasta el último de los ciudadanos saca provecho de la ley, porque sin ella estaríamos a merced del más fuerte y del más violento. Por lo que puede incluso decirse: más vale una ley mala que la ausencia de ley; porque esta ausencia es la peor de las leyes.

Tenemos buenas razones para hacer caso a la ley: incluso es una obligación en sentido estricto el hacerlo, como se tiene la obligación de hacer lo que se ha prometido con juramento al firmar un contrato. Porque toda ley es un artículo del contrato social. Salvo si la ley, o el conjunto de leyes, viola la conciencia. Entonces, tenemos la obligación estricta de desobedecer.

Pero si empleas la rebelión como medio habitual, no conseguirás corregir la ley. Después de un período más o menos turbulento, llegarás a la peor de las leyes: la ausencia de ley. Llegarás a hacer lo contrario de lo que deseas, a establecer un régimen de fuerza. So pretexto de liberarte de la ley, vas a reforzar las coacciones legales e ilegales.

La acción directa puede ser necesaria en algunos casos. Pero hay que dar preferencia a la liberación de sí mismo y de los demás, a la *acción directa no-violenta*.

Esta constituye una violación deliberada de la ley. No hay por qué ocultarlo. Naturalmente, sin matar ni causar perjuicio a nadie. Aceptando los castigos previstos por la ley. Porque la aceptación de los castigos y la manera como los soportaréis es lo que hará posible la corrección de las leyes.

SEGUNDA CONVERSACION

Acerca de las tres potencias liberadoras

*Con la inteligencia,
el hombre puede defenderse.
Podría vencer a toda la naturaleza...
si no considerara a su prójimo
como un elemento más de esta naturaleza.*

Hay tres potencias liberadoras en la vida de los hombres. La primera es la fuerza; la segunda, la inteligencia; y la tercera, el amor. Primero, la fuerza.

Ya hemos dicho que la libertad consiste en poner en práctica la propia ley. Hemos dicho también que la ley es la forma del ser en el tiempo. Para poner en práctica la propia ley, hay que tener la fuerza necesaria para hacerlo. Hay que tener el ser, es decir la fuerza. Porque, es preciso saberlo, el ser es fuerza.

No hay ser sin fuerza. Fuerza viva o fuerza de resistencia, por la fuerza es como un ser es y continúa siendo. Gracias a ella puede seguir su ley, lo cual representa la continuidad de su ser.

De la debilidad no puede esperarse sino servidumbre y atropello. Sin embargo, hay que distinguir diversas clases de fuerza.

Conocéis todos la fábula del roble y la caña. Mientras que el roble fue quebrado por una tempestad terrible, la caña se plegó y se volvió a enderezar. En este sentido, puede decirse que es más fuerte que el roble.

Un elefante atrapado por un desprendimiento en plena montaña queda aplastado. Pero una lombriz de tierra continúa su camino bajo las masas de tierra que no llegan a aplastarla. En este sentido, ésta es más fuerte que el elefante.

¿Quién es más fuerte, un tigre o una pulga? Diréis que el tigre, porque examináis el problema con vuestra escala de medida. Yo digo que la pulga. Porque un tigre puede perfectamente, si os persigue, dar un salto de siete o diez metros. Pero si la pulga tuviera las dimensiones de un tigre, saltaría entre cien y doscientos metros de una vez.

¿Hablaremos de fuerzas espirituales que pueden transportar las montañas, en el sentido propio del término? ¿Podemos hablar, por

ejemplo, de la fuerza de carácter que puede animar a los más débiles, de la fuerza que se llama fidelidad? Es una de las que nos permiten marcar nuestra forma en el tiempo.

La primera de las condiciones de la liberación, es la fuerza. Hay que adquirirla cuando carecemos de ella. Hay que conservarla y no malgastarla cuando la tenemos; y hay que concentrarla y lanzarla en la buena dirección. Perdemos por lo menos las tres cuartas partes de la mayoría de nuestras fuerzas, también de las que están encerradas en nuestro cuerpo y que ignoramos.

Y con esto llegamos a la segunda fuerza: la inteligencia.

La inteligencia tiene la fuerza de gobernar a la fuerza. Una fuerza sin inteligencia, una fuerza bruta, por grande que sea, encuentra inmediatamente una fuerza contraria que la anula. Una fuerza inteligente, aunque sea pequeña, vence con toda sencillez y facilidad a la mayor fuerza no inteligente.

Todo el poder del hombre está en la inteligencia.

Entre los animales, es uno de los más débiles. Además, está debilitado por la civilización, puesto que ésta no lo pone en condiciones de poder emplear y conservar su fuerza. Pero una fuerza pequeña bien dirigida, inteligentemente conducida, rodea los obstáculos y doma a los monstruos. Da un rodeo en torno al monstruo que está frente a ella para tragársela o se le sube encima y lo conduce donde quiere. Los niños de la India montan sobre los elefantes y los llevan a derecha e izquierda con la mayor facilidad: y el gran animal sigue, obedece, se arrodilla para que pueda subir o bajar.

El insecto encuentra un pequeño agujero en la enorme muralla y hace su nido bajo las masas de piedra. El hombre, en cambio, se prepara huecos en todas partes y en ellos se instala tranquilamente. Lo mismo dentro del mar que en el aire y en tierra. ¿Qué fuerza le ha permitido acomodarse en un sillón, bebiendo una limonada, a kilómetros de distancia de la tierra? La fuerza de la inteligencia.

El hombre que vive en las selvas sabe cómo atacar el animal salvaje y cuándo no atacar. Y se mantiene preparado, con la inteligencia siempre alerta.

El que sabe esto posee ya unas armas formidables. Su poder comienza por el conocimiento de los animales. Después se pone a bus-

car las costumbres de la lluvia, del viento, de las aguas, del sol, del hielo, del calor y del frío. Conoce todos esos grandes animales que nos rodean. Fuerzas mucho más fuertes que nosotros, por supuesto. Y ved otra cosa: en cuanto ha comprendido la ley de este fenómeno, ha aprendido también la manera de manejarlo, de gobernarlo, de cortar el camino, de hacerle "dar media vuelta", de retorcerlo, de obligarle a servir en lugar de destruir.

Esta es la inteligencia exterior: el conocimiento de las cosas desde fuera.

Podemos decir también que se trata del conocimiento de las condiciones de la vida, conocimiento que puede conducir al hombre a multiplicar su fuerza, su poder. Pero como no se trata del conocimiento de las causas ni de la determinación de los fines, este conocimiento no puede conducirle ni a la felicidad ni a la satisfacción.

Con la inteligencia, el hombre puede defenderse. Podría vencer a la naturaleza entera, si no considerara a su prójimo como un elemento de esta naturaleza. Pero eso es, precisamente, lo que hace: la mayor parte de su inteligencia, cuando no es su inteligencia entera, está dirigida contra su prójimo.

De la misma manera que examina las fuerzas de la naturaleza e intenta emplearlas, va a estudiar las fuerzas del hombre—del hombre como persona o como pueblo, como masa, como muchedumbre. Ahora bien, así como ha inventado toda clase de trampas para capturar animales, para captar la energía y emplearla en provecho propio, inventará también otras trampas para cazar a su prójimo, y su prójimo hará lo mismo.

También dispone del arma de los buenos modales: las promesas seductoras, las astucias, las trampas, gracias a las cuales se hacen buenos negocios financieros y políticos.

Algunos han hecho fortuna como auténticos genios del fraude. Porque el colmo del fraude, el colmo de la genialidad en el fraude es poder encontrar siempre una manera legal de defraudar... Porque si comienzas a defraudar ilegalmente, terminarán por atraparte; pero si, además de manipular a los hombres, sabes manipular los derechos, entonces vales para el poder, para la gloria, para la fortuna. Sin embargo todo esto no refleja más que una inteligencia exterior que no

puede cambiar más que lo que tienes a tu alrededor. Ese conocimiento no puede ir más lejos.

No hay que ser tan estúpido como para creer que de esa manera se pueda encontrar la paz, la tranquilidad, la salvación o incluso la libertad. Porque todo engaño, toda acción de fuerza, toda violencia, todo lo que obstaculiza el orden armónico de las cosas es una forma de hacerse esclavo. Toda vida gastada en obtener medios olvidando los fines es una vida perdida.

Por otro lado, cada victoria lleva consigo una decepción, de la misma manera que la multiplicación de los placeres lleva consigo un hastío sin fin. Se da pues a este nivel un poder que no alcanza su fin y que no es liberador. Comienza a serlo cuando la inteligencia se aplica al conocimiento de sí mismo, cuando la inteligencia se hace conciencia, es decir ciencia sobre uno mismo.

El conocimiento de uno mismo tiene como corolario el conocimiento de nuestra propia ley. El conocimiento de uno mismo implica a él de la dirección que lleva nuestra vida.

¿Hacia dónde se dirige nuestra vida? Es lo primero que debemos determinar. Es extraño, podemos hacer años y más años de estudios sin que nunca llegue a plantearse ese problema, ni siquiera este simple problema: ¿por qué estoy estudiando? Saldremos equipados con toda clase de armas y medios, pero no sabremos qué hacer con ellos. Quieres llegar aquí o allá, quieres llegar a destruirlo todo, quieres llegar a ser poderoso, ser jefe de gobierno —te basta con llegar hasta ahí; dudo que llegues. Pero si llegas, te darás cuenta ese mismo día de que con eso no has hecho nada. El problema no está resuelto de ninguna manera.

— ¿Qué quieres ser más tarde, pequeño?

— Quiero ser general o papa.

— Y usted, ¿qué quiere usted que sea su hijo: general o papa?

— Yo quiero que mi hijo sea un hombre libre, y quiero armarlo con todos los medios para liberarse; quiero darle, entre otras cosas, los medios para que pueda liberarse de mí que soy, lo quiera o no, un obstáculo a su liberación”.

He ahí una respuesta acertada...

Pero volvamos al conocimiento propio. Es algo diferente de los demás conocimientos que no hacen más que dirigir la fuerza, que aportan claridad, pero no calor, que sólo indirectamente pueden llamarse poderes, porque hacen intervenir unos contra otros a poderes exteriores.

El conocimiento de sí mismo es un conocimiento que puede llegar a cambiar lo que conoce, que lo carga de vida y de fuerza. El conocimiento propio, o conciencia, incluye el conocimiento de la dirección de nuestra vida, de nuestro fin. Este conocimiento considera a la inteligencia exterior y la ve como un simple medio para llegar a su propio fin, para hacer posible este fin. Digo bien “hacer posible”. Y no un “medio para llegar”, porque esos medios no “llegarán” nunca. Todo lo más, quitarán las trabas. Tengo medios para actuar, si quiero liberarme o liberar a los demás, gracias a mi conocimiento de los problemas y de las personas, gracias a mis conocimientos de la naturaleza. Pero esos conocimientos serán incapaces de dirigirme: me serán útiles en la medida en que haya adoptado una dirección.

El conocimiento propio conlleva también el conocimiento de mi relación con el todo: yo no puedo pensarme separado del todo. Sería lo contrario de un conocimiento, puesto que éste implica una relación. Desde todos los puntos del universo, todas las leyes vienen a cruzarse en cada objeto.

¿Quieres aislar una cosa? Aislar es una manera de falsificar. ¿Quieres aislar tu ser, tu vida de todo lo que la rodea? Es una manera de ignorar tu vida. Porque del conocimiento de sí se llega inmediatamente al conocimiento del todo.

Así pues, cuando entramos en el conocimiento, no tenemos solamente esas libertades exteriores de las que hablan los hombres, es decir la libertad de hacer lo que queremos, sino también la liberación espiritual o liberación de nuestra propia voluntad. Este conocimiento nos permite decir lo siguiente: yo seré libre cuando quiera lo que es querido, cuando sea un espacio vacío de mí mismo en el que se pueda realizar la voluntad del Todo.

Por eso, toda acción de un ser liberado tiene un valor universal. Por tanto no vale sólo para obtener tal o cual ventaja. Tanto más cuanto que las ventajas son siempre discutibles. ¿Era peligroso que

Juana de Arco venciera a los ingleses? Supongamos que los ingleses hubieran ganado la guerra de los Cien Años; el resultado hubiera sido que Francia e Inglaterra habrían formado un solo imperio con una sola casa real. Ahora bien, las dos casas reales ya estaban formadas por primos y hermanos. La casa real inglesa la formaba una familia francesa establecida en Inglaterra. Se podrían haber evitado 400 años de guerras. Pero lo que se ganó en el plano de lo universal fue la santidad de aquella joven, nada más. Es lo único indiscutible.

Así pues, la inteligencia liberadora se llama simplemente conciencia. Es generadora, a la vez, de claridad, de calor y de fuerza. De claridad, porque indica claramente el fin o el objetivo; de calor, porque es exaltación de la vida y comunicación (no existe conciencia que pueda desarrollarse sin expresarse, es decir sin comunicarse); de fuerza: ésta proviene de la unión, porque la conciencia crea la unidad interior sin la cual no hay unión posible con los demás.

Pero *ser uno es ser*. Y el ser no puede dejar de ser. La conciencia de la indestructibilidad de nuestro ser profundo engendra el coraje. Un cobarde cree que la muerte y el dolor son el término de todo, por eso pone todas sus fuerzas en huir de ellos. Aunque está seguro que terminará vencido. ¡Pobrecito! De nada le sirve correr, la muerte y el dolor corren más de prisa que él y lo alcanzarán.

Más el coraje supone la fe en la vida eterna y permite afrontar deliberadamente el peligro, los combates y, si fuera necesario, la muerte.

Resumiendo.

Hemos definido la libertad como el *despliegue del ser según su propia ley*. La primera condición para ser libre es, pues, poseer el ser, es decir la fuerza.

Pero esta fuerza, siempre limitada, encontrará obstáculos y enemigos. No se librará del temor que le puedan inspirar más que por la *inteligencia*. Esta, aunque no le proporcione ninguna fuerza suplementaria, aumenta infinitamente su eficacia proporcionándole la dirección y los medios para superar los obstáculos y dominar a los enemigos.

Sin embargo, ninguna victoria de la fuerza y de la inteligencia sobre las cosas y sobre los hombres conseguirá liberar al vencedor del

obstáculo y de los enemigos interiores. Tal victoria más bien le dispersará, le encadenará, le dispersará y le llevará a su perdición. "¿Qué le aprovecha conquistar el mundo si pierde su alma?"

La victoria sobre uno mismo nos alcanza la inteligencia interior, el conocimiento propio o *conciencia*. Aquí se opera la fusión de la *inteligencia* con el *ser* (uno mismo) y de esta fusión brota una fuerza nueva, fuerza de alma o *coraje*, la única capaz de superar los mayores obstáculos, que son el infortunio, el dolor y la muerte. Sólo queda liberado el que se ha conquistado y unificado a sí mismo.

De esta unificación de sí mismo se pasa con toda naturalidad a la unión con los demás, a la tercera fuerza liberadora: la del *amor*.

Quien no ama está solo. Completamente solo contra todo el mundo. Nunca llegará más allá de donde le puedan llevar sus propias fuerzas o su habilidad. No llegará muy lejos. Pero si amo a alguien en lugar de combatirlo, entonces extiendo mis dominios y los suyos. Los suyos alcanzarán hasta todo lo que es mío; los míos hasta todo lo que es suyo. Así conseguiré duplicar mis dominios. Podré triplicarlos, cuadruplicarlos y así consecutivamente; ganar tanta fuerza y riquezas como tenga amor, fuerza e inteligencia para dar.

Ha llegado, pues, el momento de hablar del amor como fuerza de liberación. No es precisamente éste el ángulo bajo el cual lo consideran los poetas; estos, cuando están enamorados, hablan de cadenas y se lamentan de su esclavitud, y no sin razón. ¿Cómo puede hablarse del amor como de una liberación?

En francés, la amante se llama "maîtresse" que significa dueña. Si yo tengo una dueña, ¿dónde está mi libertad? Mi libertad consiste en obrar a mi antojo... ¡Ay! ¡Qué feliz era cuando estaba solo, cuando podía ir a pasear cuando y como me placía! Ahora no consigo hacer nada de lo que me place; aunque es verdad que ella me plaee. Pero ya no puedo decir que soy libre.

¿Entonces, dónde queda la liberación del amor?

Amo a mi familia, a mi mujer y a mis hijos. Tengo el deber de protegerlos, de tenerlos contentos, de ganar dinero para asegurar su sustento. No puedo decir que al casarme haya alcanzado la libertad. Lo que he ganado es más bien una esclavitud voluntaria.

El amor de la patria me lleva también a cumplir mis deberes de ciudadano: debo votar, llevar el fusil, dejarme matar en la guerra. Difícilmente podría llamarse a todo esto una liberación.

¿Cuál es, pues, ese amor que libera?

Podríamos examinar una tras otra las diversas formas de amor: observaríamos que tienen todas un reverso de la medalla.

El amor que tengo por esta pequeña porque tiene unos rizos que me encantan, o por sus ojitos o su boquita, sin duda me inspira unos tiernos sentimientos hacia ella; pero si alguien la odia o busca hacerle daño, o si solamente se atreve a decirme que no es tan bonita como me parece, creo que tendría muy malos sentimientos hacia ese individuo. Incluso si pudiera, lo mataría.

Pero supongamos que a esta deliciosa criatura, a esta adorable mujercita le caiga bien el amor de ese patán. La mato. Ya tenemos dos cadáveres por un solo amor. Y todavía podría añadir otro matándome a mí mismo.

Sabemos por las novelas, si no lo sabemos por experiencia, cuánto odio llegan a sentir los enamorados. Sólo dejan de abrazarse para reñir, y vuelta a abrazarse. De este comportamiento se puede sacar una especie de ley física, como de la caída de las piedras: el odio es directamente proporcional al amor. Y el que no quiera reconocerlo es porque está nadando en ilusiones sentimentales.

Pasemos al amor de la familia, nuestra querida familia. Papá, mamá y el niño. Qué simpático, qué agradable, y al mismo tiempo moral y legítimo. Y rodeando a este nido moral, legítimo y delicioso, hay cuatro paredes. Y del otro lado de las cuatro paredes están los demás; y los demás, todo el mundo sabe lo que representan: nada de nada.

¿Qué representa para mí el transeúnte, esta persona que se encuentra delante de mí en medio de la multitud? ¿Y qué representan las personas que cruzo en las estaciones y aeropuertos? ¿Y qué son para mí el barrendero, los proveedores, el de la tintorería? Son los demás. Pero está bien que sea así, porque con ellos tengo que hacer mi caza para traer el sustento a mis hijos. Yo hago mis negocios gracias a los demás. Yo voy al mercado a comprar; y los demás están allá para vender. A esto se reduce la compañía de los demás.

Los demás, mejor que no sean muchos. “¡Pero cuánta gente hay!”, exclama una persona indignada, como si ella misma no formara parte de “la gente que hay”, como si ella no viniera a añadirse a esa gente.

Además, el otro no tiene por qué acercarse demasiado, estorbarme o mirarme fijamente: “¿A qué mira usted?”. Y que no frene cuando tengo prisa, que no vaya contoneándose por la acera cuando quiero pasarle. La indiferencia es muy superficial, está siempre dispuesta a transformarse en odio.

Esta vez no es el odio sino la indiferencia la que se encuentra en el reverso de la medalla del amor. Cuanto más inundo a los míos con mi afecto, cuanto más los endulzo con el almíbar de mi afecto, cuánto más los espolvoreo con la harina de mi afecto, cuanto más los confito con la confitura de mi afecto, más indiferentes me son los demás.

El odio es algo muy vivo, muy puntiagudo, muy particular, muy personal y, además, muy cansado. De manera que no puedo odiar más que a un número de personas con un odio verdaderamente íntimo y constante. Por otra parte, no siempre dispongo de medios para expresar este odio. Me sucede que tengo ciertos escrúpulos morales que me frenan y encima me dan consejos de prudencia. Esto hace que no manifiesto siempre mi odio. Y, a veces, a fuerza de no manifestarlo, termino cayendo en la indiferencia. Porque soy un poco pereoso y tengo mis límites.

Pero la indiferencia es más universal y más constante. Cubre a miles, a millones de personas durante siglos y siglos. No tiene límites. Y uno no se cansa nunca de ella.

Ahora bien, la indiferencia mata, hierre, pisotea muchas más personas que el odio —y permite al odio manifestarse sin dificultad. Es te muere de hambre, ese otro está enfermo, herido o prisionero: es su problema. Yo no me meto en los problemas de los demás, me basta con los míos. No puedo ocuparme de todos los que no saben ocuparse de sí mismos: ¡allá se las arreglen! Tenemos la guerra de Vietnam, el hambre en la India, las matanzas de Bengala, la miseria en América del Sur; todo eso está lejos, son otra gente. Un amigo mío decía: “Un sencillito dolor de muelas hace más daño que la muerte de diez mil chinos”. Es atroz, pero ¿qué le vamos a hacer?

Así pues, el amor queda igualado por el odio y el afecto por la indiferencia. Mi pequeño corazón no es capaz de amar más que a un pequeño número de personas, muy pequeño número. Cuando calculo a cuántos amo, cuento con los dedos y me doy cuenta de que me sobran dedos.

Cuando estamos juntos yo y mis queridos compatriotas, podemos hacernos la guerra con toda tranquilidad: nos explotamos mutuamente, nos engañamos unos a otros, nos detestamos y nos peleamos. Organizamos nuestras batallas —y no una sola, sino decenas de batallas superpuestas.

Hay lo que se llama la "lucha por la vida". ¿Qué es? ¡Pues es ganar! Y para ganar hay que pelearse. Si he fabricado un objeto, tengo que venderlo. Y si lo fabrica otro, tendré que venderlo más rápidamente que él y quitarle su cliente. Admito que haya acuerdos, pero hasta cierto punto. Y si llego a un acuerdo con él, será contra un tercero. También se podrán organizar equipos, fundar empresas; una empresa es de toda evidencia una tropa de choque, bien disciplinada y armada contra todos los demás grupos de choque de la misma especie. Si fabrico calcetines, será contra todos los que los fabrican. Habrá que ganar la batalla de los calcetines o de la maquinilla eléctrica, o del cepillo de dientes mecánico —y contra todo el mundo. Habrá que comenzar metiéndose con el público y demostrarle que el que no tiene un cepillo de dientes mecánico no es un hombre, que nunca tendrá los dientes limpios y que el viejo método de limpiarse los dientes con el dedo ya no sirve. Con un buen cepillo, todavía menos: es preciso que sea eléctrico. Y si no cuesta quinientos dólares¹, no limpia. Es científico.

Enseguida, otro espabilado inventará un cepillo de dientes eléctrico que no haga falta coger con la mano. No hará falta más que abrir la boca y sonreír: mis dientes se limpiarán solos. O se inventará un ingenioso sistema de aspiración, un aspirador movido por un motor atómico, una pila inagotable... (hay que inventar siempre nuevos aparatos para encandilar al público y aplastar al rival).

Y no hablo de la política. En este terreno se desarrolla una batalla en regla en el sentido más exacto. Entre compatriotas nos trata-

1. 70.000 pesetas.

mos a palo limpio. Pero si el enemigo nos hace el favor de levantar cabeza, inmediatamente todo el mundo se reconcilia. Nos volvemos a encontrar fusil en mano y avanzamos juntos con banderas desplegadas y al son de la música.

Si los demás amores tienen al odio en su reverso, aquí el odio está en el anverso y el amor en el reverso. En política se llega hasta los sacrificios sangrientos y los asesinatos, "bellas" manifestaciones del amor.

La política produce más cadáveres que *Romeo* y *Julietta*, drama que termina con un bonito montón de cadáveres cuando baja el telón. Pero es muy poca cosa, son unos amores de tres al cuarto al lado de esas manifestaciones de amor que son las guerras mundiales. No hay que equivocarse: se trata de amor colectivo y masivo.

Pero entonces, ¿cuál es el amor que libera?

Es el amor sin el reverso del odio y sin la tara de la indiferencia. ¿Cuál es ese amor?

Es un amor bastante especial, una clase de amor al revés que todos los demás. A condición que se le ponga un nombre propio y que no se le llame amor, palabra que se presta a muchas confusiones. El amor sin reverso de odio se llama "caridad". Es un contra-amor o, más bien, un amor al revés, o también un amor convertido, una conversión del amor.

Os decía: sin reverso de odio. Porque no tiene pasión. La caridad no es una pasión. Ni siquiera es un sentimiento, al menos al principio.

Si no es un sentimiento, ¿qué es? Es una virtud. Y una virtud es una fuerza. Una fuerza de la voluntad. No puedo ser caritativo si no quiero serlo. También sucede que yo quiera serlo y que no llegue a serlo. Es porque no lo quiero suficientemente.

Una virtud... ¿Quién se acuerda del catecismo? Una "virtud teológica", lo cual significa, en sentido etimológico: *que proviene del conocimiento de Dios*. Así pues, ¿si soy caritativo con un pobre, esto viene del conocimiento de Dios?

Exactamente, mi querido amigo. De lo contrario no sabes lo que haces. ¿Por qué has escogido al pobre? He ahí un aspecto en el que este amor actúa a la inversa de todo otro amor. Porque a mí, instintivamente y por un sentimiento personal, no me gustan los pobres.

No me interesan. A mí me gustan las personas bien: la gente agradable, amable —la palabra misma lo dice: dignas de amor. ¿Y quién es amable? El que es simpático, guapo, bueno, poderoso, brillante. La gente sucia, los desgraciados, los que vienen a contarme sus problemas, ¡no por favor!

Si amo al pobre, es que quiero amarlo; no me viene espontáneamente. ¿Y por qué amarlo? No tengo ningún motivo racional para ello. ¡Ah!, ya veo: es para evitar la revolución, dices. ¿Crees que ocupándose de los pobres se evita la revolución? ¡Imbécil! ¡Como si fueran los pobres los que hacen la revolución! Nunca son los pobres los que la hacen, siempre la hacen personas que son ya demasiado ricas, personas poderosas que tienen los medios para hacerlo, para quienes el pobre es un buen pretexto.

No, para el que no cree en Dios no hay ningún motivo de amar al prójimo. Por cierto, la definición de la caridad podéis encontrarla en el Evangelio: "Amarás al prójimo como a ti mismo".

¿Dónde se encuentra lo "teologal" en la caridad así entendida. En que es el segundo mandamiento, querido amigo. El segundo, semejante al primero y que se deriva del primero: "Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu inteligencia, con todas tus fuerzas y con toda tu alma".

La enumeración es muy interesante.

"Amarás a tu Dios con todo tu corazón". Te amo con todo mi corazón; es normal. Mi corazón es la sede del amor (y también de la cólera). ¿Pero habéis visto cómo el amor y la cólera se han juntado y anudado el uno con la otra? Te amo con todo mi corazón, es pues algo normal y ordinario. Pero ¿"con toda mi inteligencia"?

¡Amar con la inteligencia! ¿Hay algo que yo ame con mi inteligencia? ¿Hay algo que yo ame hasta la pasión con mi inteligencia?

Yo amo la verdad. Me gusta comprender. Yo amo la luz. Joyas, palacios, coronas: todo eso me es indiferente. Pero enseñadme la verdad; hacéme comprender quién es Dios, qué es el ser, la vida, el amor. Comprender estas palabras: ser, vida, amor, justicia. ¡La pasión de conocer!

Desde que se difunde la ciencia por todas partes, crece la indiferencia con la que se recibe el conocimiento gratuito y obligatorio.

Diríase que el conocimiento y el tedio crecen a la par. Los filósofos son aburridos, pero los científicos también: sus fórmulas me aburren, sus estudios me aburren, la gramática me aburre. ¡La mayor alegría sería que me dijeran que mañana no hay que ir a clase! Los niños encantados... Pero esto no sucede en Oriente. Recuerdo —era en Siria o en algún lugar de la India— haber visto un edificio aislado y, alrededor del edificio, unos niños que esperaban. Les preguntó:

"¿A qué esperáis?"

— Estamos esperando al maestro; para castigarnos, nos ha dicho que hoy no daría clase.

— ¿Pero a pesar de todo vosotros habéis venido?"

— Sí, hemos venido a pesar de ello. Comprende usted, si no nos dan clase, seguiremos siendo unos asnos.

— Pero entonces, ¿por qué estáis ahí?"

— Porque tal vez el maestro tendrá compasión y tal vez termine por darnos clase..."

¿Habéis leído *El Paraíso* de Dante? No. ¡Claro está! ¡No se lee *El Paraíso* de Dante! De Dante, no se lee más que *El Infierno*. ¿Qué es el paraíso de Dante? El lugar donde se comprende todo, donde se encuentra respuesta a todo. De un cielo a otro, se va encontrando a los santos que, en su vida, en su pensamiento o en sus obras, han encarnado un aspecto de la verdad. El peregrino del cielo hace las preguntas y recibe las respuestas. Y la visión final le revela el misterio de la Trinidad.

Amar, con toda su inteligencia, a Dios que es el Dios de la verdad, el Dios de la luz, el Dios de la claridad, el Dios de la justicia. Aquel a quien no se puede comprender porque no se puede mirar al sol de cara; pero es gracias al sol como se ve todo. Tú no puedes comprender a Dios, pero sin Dios, tú no comprendes nada. Sólo en la medida en que reina este ser incomprendible tú puedes comprender algo. Si no fuera así, serías sencillamente un insensato.

Un insensato es alguien que ha perdido el sentido. No se trata del idiota del pueblo. El insensato puede perfectamente ser profesor de filosofía en la Universidad, premio Nobel de física y química, o mejor aún de sociología. Su calidad de insensato se manifiesta en toda su magnitud el día en que los periodistas vienen a hacerte unas pre-

guntas con motivo de su premio Nobel. Se le pregunta su parecer sobre el matrimonio, el divorcio, el control de nacimientos, la vida y la muerte. Entonces queda patente su estultez poniendo de manifiesto que todo lo que *sabe* no le ha permitido *comprender*. Por eso es por lo que hay que amar a Dios con toda la inteligencia.

¿Y qué significa amar "con todas las fuerzas"? Es mostrar que se ama por medio de actos que exigen fuerza.

No puedo decir que amo y estarme tranquilo dando vueltas a mi amor en mi foro interno. Si te amo, esposa mía, quiero probar que te amo haciendo algo por ti. Porque si sigo repitiendo "te quiero" y no hago nada, mi querida esposa comprenderá cuál es la realidad.

Así pues, "amarás a Dios con todas tus fuerzas" quiere decir que tienes que servirle.

Y observad en esa fórmula la palabra "todo": con *todo* tu corazón, con *toda* tu inteligencia, con *todas* tus fuerzas. No puede darse uno al nivel de un pequeño porcentaje.

Y el Evangelio añade: "con toda tu alma".

¿Qué es el alma? Es la vida. Es la sustancia de la vida. Es la sustancia del espíritu. ¿Y qué es Dios? Puede responderse con la misma definición. ¿Qué es el amor? Es cuando el semejante encuentra a su semejante.

Por eso el segundo mandamiento "que proviene del primero" dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

En esta fórmula tenemos, no dos mandamientos, sino tres: amarás a Dios, te amarás a ti mismo, amarás al prójimo. Y los tres sólo hacen uno.

¿Me amo yo a mí mismo? No es nada seguro de que me ame. Pero no hay duda de que tengo que amarme a mí mismo, puesto que está comprendido en el mandamiento.

Veis claramente aquí cómo la relación de amor forma un triángulo con sus tres puntas: la punta de arriba, anclada en Dios; la punta derecha, en mi corazón, en mi amor y en el conocimiento de mí mismo, en mi conciencia; y la punta izquierda, en el prójimo, el prójimo en singular, siempre en singular. El prójimo al que tengo que amar porque amo a Dios y me amo a mí mismo, porque el prójimo está hecho como yo a imagen y semejanza de Dios: ésa es la lógica del amor.

Hay que saber que el amor es una ciencia y una virtud, y que nada es más lamentable que hablar del amor en términos sentimentales y vagos.

El prójimo está hecho a imagen y semejanza de Dios: es una verdad religiosa y un artículo de fe. La fe, como dice S. Pablo, es "prueba de realidades que no se ven". ¡El prójimo está hecho a imagen y semejanza de Dios y eso no se ve! La imagen y la semejanza están aquí desvanecidas, o, más bien se están desvaneciendo. Entonces, si yo amo en mí prójimo la imagen y la semejanza de Dios, yo tengo el deber de salvarla, de sacarla a la superficie, de hacer visible la imagen y la semejanza de Dios perdidas en el último de los hombres. Liberar la imagen y la semejanza de Dios aprisionadas, enterradas, perdidas. Y, al mismo tiempo, hacer aparecer la imagen y semejanza de Dios escondidas en mí.

TERCERA CONVERSACION

Caridad y justicia

*Esta noticia,
esta buena noticia,
este Evangelio del siglo actual
es la no-violencia activa y militante.*

*Es la revolución total:
la que comienza por uno mismo
y no por los demás,
la que no comienza echando
por tierra las instituciones,
sino cambiando los corazones.*

En un primer tiempo, y sin demasiados matices, hemos abordado el tema del amor, destacando una fuerte oposición entre amor y caridad. Me parece que era muy importante hacerlo, pero hay que evitar las simplificaciones excesivas cuando se habla de aspectos de la vida. Porque en la vida, precisamente, los contrarios se encuentran, los opuestos se completan y las diferencias se compenetran. Es bueno marcar oposiciones: la oposición se da en lo absoluto. Pero nadie, fuera de Dios, vive en lo absoluto. Nosotros tenemos que situar el absoluto como norte de nuestro conocimiento, pero nos es preciso pactar con lo relativo porque somos relativos.

La caridad en estado puro, es decir como algo perfectamente opuesto a todas las demás formas de amor, el amor de la mujer por el hombre, del hombre por la mujer, el amor de la familia o del grupo humano, esa caridad no existe en ningún sitio. ¿Excluye la caridad a todas estas formas de amor? En el Evangelio, esta idea está expresada con fuerza. ¿Qué pensáis de estas palabras: "Aborrecerás a tu padre y a tu madre, a tu mujer, a tus hijos y a tu propia carne"? ¿Qué significa este aborrecimiento que, por supuesto, no es un verdadero aborrecimiento?

Es una manera fuerte de hablar, la manera de Jesucristo que no era la de un predicador melifluo: ¡no tenía miedo de dejar de lado las matizaciones!

Estas palabras quieren decir que el amor puro, el amor divino, caritativo, el amor del prójimo, es claramente opuesto a todo lo demás. Es opuesto y, al mismo tiempo, mezclado con todo lo demás. Porque es a la vez lo mismo y lo contrario.

En primer lugar, habíamos observado acertadamente que la caridad es un deber y, por tanto, un esfuerzo de la voluntad, una virtud. Si no fuera una virtud, no podría ser objeto de un mandamiento.

Puedo exhortarte a que te alegres, pero no puedo forzarle a ello y decirte: "Te ordeno que te alegres". Si me dices: "Ama a éste o a aquella", yo respondo: "No puedo. No puedo amar a todos los que no amo ni dejar de amar a los que amo". Pero aquí no se trata de un sentimiento. Se trata del querer o de la voluntad.

Nadie en el mundo es caritativo por naturaleza. Se puede ser más o menos bueno, sociable, amable, y dispuesto al amor por naturaleza. Pero caritativo, no. Eso se comienza a ser por conversión, es decir por un vuelco. La caridad es la conversión del corazón.

No se trata de un cambio que no fuera más que un perfeccionamiento: ser cada vez más amable, cada vez más enamorado, cada vez más sociable, o cada vez más servicial. Se trata más bien de comenzar en sentido inverso, comenzando por lo más bajo. Por eso se ha dicho: "No puedes entrar en el reino si no te haces como un niño". "Tú que eres viejo, sabio y fuerte, te vas a hacer pequeño, te vas a sentir pequeño y vas a volver a empezar a la inversa. Vas a dejar de lado toda la fuerza, vas a olvidar toda la ciencia: es preciso volver a nacer". Recordad lo que S. Remigio dijo a Clovis: "Vas a quemar todo lo que adorabas y adorar todo lo que has quemado". Es la conversión de todas las conversiones. Lo que nos parecía deslumbrante, deseable, maravilloso o adorable, vamos a quemarlo y comenzaremos a adorar lo que considerábamos despreciable y ridículo.

Aquí tenéis el secreto de lo divino. "Deja todo, deja tu casa, tu familia, tus amigos": los santos han seguido a la letra esta consigna. No sólo los santos cristianos, sino los de todas las religiones. Han dejado a su padre y a sus parientes. Y algunas veces con una inhumanidad angélica.

Francisco vivía con su padre, buen comerciante de Asís, tan amable e inteligente; hijo encantador, poeta, simpático, amado por las damas, era elocuente y también buen comerciante. Y un buen día, este joven comerciante de paños finos, que influía decisivamente en el mercado de Flandes, se echa un saco a la espalda y se va con todos los vagabundos de la calle. "¡Hacemos eso a nosotros!". Es la decisión clásica, al mismo tiempo que muy molesta para la familia: ¡si algún día tenéis un santo en la familia, ya veréis! Resulta una situación desagradable y escandalosa.

Luis María Griñón de Montfort, hijo de un notario de Montfort, decide un buen día abrazar la vida clerical. Hasta ahí, correcto. Más tarde desaparece: entra en la escuela de San Sulpicio y no se le vuelve a ver. Finalmente, al cabo de diez años, vuelve a casa. Todo el mundo se alegra y se prepara a ofrecerle una fiesta. Luis María se presenta seguido por todos los mendigos de Montfort, sus amigos. Y, si no se recibe a sus amigos, se niega a comer en casa. El padre se enfadará con su hijo, el yerno con la suegra, el primo con la prima, el hermano con la hermana: toda la enumeración de los grados de parentesco. Todo se encuentra enfrentado, todo se embrolla y se producen enfados por culpa de la caridad. Es perfectamente normal.

En la buena sociedad, la caridad causa escándalo. Y el escándalo molesta a todo el mundo. El santo desbarata los juegos, atropella todos los convencionalismos y los arreglos.

¿Si todo el mundo hiciera lo mismo, qué pasaría? ¡Todo se iría abajo! Pero esta eventualidad no se presenta. Lo que constituye la sustancia de las leyes, la solidez de las instituciones y el orden establecido por las gentes de bien es lo contrario de la caridad. En todo ello la caridad sólo se encuentra en pequeñas dosis.

Vivimos en un sistema que constituye una mezcla —una mezcla más o menos buena. Como una mezcla de café y leche o, si prefieren, de sopa de cebolla y chocolate.

En general, comenzamos con una buena mezcla de amor, de cariño, de celos, de drama y sobre todo de comercio. Porque todo es comercio. En francés, como en castellano, *comercio* tiene dos sentidos: Se dice: "Esa persona es de un comercio agradable". Y eso significa que se le dirigen sonrisas y que devuelve sonrisas. Ciertamente, en nuestras relaciones con el prójimo, conviene ser honrado y sonriente, como todo buen comerciante que lleva bien sus negocios y que engaña a su cliente de tal manera que el cliente engañado se va contento. Es el colmo de la buena educación.

Somos enamorados comerciantes. Queremos hacer el bien a los demás; nos gusta eso, es muy agradable. Puede costar caro, pero merece la pena porque nos lo tienen que devolver. Si trameo un poco para hacerte pasar antes que otro, tú tendrás que hacer otro tanto la próxima vez. Si te quiero de todo corazón, quiero que me ames con

todo tu corazón. Si me engañas en un diez por ciento, me enfado, nos peleamos; pero, que el intercambio se realice con buenos o con malos modales, siempre se sitúa en el plano del comercio.

A veces, la conversión puede producirse repentinamente, como por milagro; quiero decir: por un vuelco, una revelación o un rayo venido de arriba. De repente, un señor cualquiera, un empleado de banca, un soldado, un policía o incluso un bandido o un estafador recibe el impacto. De la noche a la mañana, lo tira todo por la borda, se hace un santo y terminará en los altares.

También se dan, aunque son más raras, las conversiones progresivas. Una punta de caridad, de espíritu de sacrificio y de piedad se introduce en vuestra vida. Y, aquí, la comparación evangélica es atinada: "como la levadura que hace subir a la masa...". Un grano de mostaza que, en un momento, cae en la tierra salvaje o abandonada. Si es salvaje, crece muy bien y muy rápidamente; si es cultivada, resulta mucho más difícil —la mezcla es más aleatoria.

Este es nuestro caso: no tenemos revelaciones extraordinarias. Tenemos que desbrozar esta tierra de nuestra vida interior; las brozas son la pasión y el apego.

Las pasiones son algo muy fuerte. Los apegos son debilidades, pero no menos difíciles de arrancar. Es aproximadamente la diferencia que hemos visto entre el odio y la indiferencia. El odio: muy agudo y concentrado en un punto. La indiferencia: vaga e inmensa. La pasión es una llama que se enciende y se apaga. Pero el apego es una cola que agnanta.

Las grandes llamas pueden ser, por otra parte, la ocasión de una revelación y de una conversión. La llama es una fuerza poderosa, excelente en sí misma —a condición de que no quemé la casa.

Y el apego... El apego está enganchado, trabado, y es crispado, inquieto, celoso, pendenciero.

Hay personas que nos persiguen con su amor. Sobre todo los padres. Si llegáramos a enfadarnos con ellos de verdad un buen día, ¡qué alivio! ¡Eso sería empezar a vivir!

¿Entonces qué? ¿Qué tengo que hacer con mi mujer, mis hijos, mi madre, mi padre? ¿Tengo que dejarlos morir? Es algo que se hace mucho hoy en día... pero está muy mal hecho. Se separan sin dificultad, porque no cuesta nada separarse de lo que nos desagrada.

El despego no vale nada si no hay una verdadera conversión, una verdadera llamada, una verdadera misión.

Cristo os dice: "Deja todo y sígueme".

No dijo: abandona a tu mujer y a tus hijos para callejear, o para irte con otra mujer y tener otros hijos.

Fuera del perfecto despego y de la caridad pura que es lo propio de los santos, se dan buenas y malas mezclas.

Conozco una mezcla muy buena que se llama matrimonio. El matrimonio comienza por el amor, en el sentido más sencillo y más corriente del término. Y debe comenzar así. No hay que comenzar al revés: casarse con una persona porque tienes compasión de ella o porque ella te declara que, si no te casas con ella, se va a matar. Si alguien hace semejante declaración, se le puede contestar lo siguiente: "Mátate, demuestra lo que sabes hacer". Seguro que no lo hace. Si realmente alguien se casara por caridad, que no utilice esa respuesta, la otra persona lo tomaría a mal.

Comenzad amando con un amor muy sencillo, romántico y poético. Aprended a amar, a cantar; haced locuras y sed un poco locos después de haber decidido con prudencia. Según seáis hombre o mujer, apuntad más abajo o más arriba. Si eres mujer, apunta más arriba; si eres hombre, apunta más abajo... Si eres hombre, no te cases con una mujer más inteligente, más rica, más noble, más brillante que tú, porque te va a costar caro. Apunta más abajo, por lo menos a ser iguales. No es verdad que la mujer sea inferior al hombre, pero en la constitución de la pareja conviene que lo sea. El hombre debe ser la cabeza y el brazo derecho; la mujer debe ser el corazón. ¿La cabeza es acaso superior al corazón, porque está más arriba? Se puede decir que la mujer no ocupa el primer lugar, pero sí el mejor. ¿Están ustedes de acuerdo, señoras?...

El matrimonio comienza por el amor e incluso, si es preciso, por la pasión. Los matrimonios de razón son muy poco razonables y completamente contrarios a las grandes razones de la naturaleza.

Comienza, pues, por el impulso amoroso. Pero eso no durará mucho si, a medida que pasan los años, la caridad no viene a reemplazar al primer impulso. Cuando los encantos y las glorias de un amor

loco se hayan atenuado, las debilidades, los achaques, los defectos y las desgracias serán las que despierten la cuerda sensible.

Porque la caridad es un amor descendente. No se puede amar con un amor de caridad de abajo a arriba. La caridad va de arriba a abajo.

Existe un amor que va de abajo a arriba: el que debe llevaros al matrimonio, si es que os casáis. El amor que es deseo, llamarada, impulso hacia lo más bello, lo más maravilloso, lo más admirable, lo superior, lo que deslumbra. Yo admiro y amo a este ser maravilloso, me lanzo hacia él, me doy a él. A este amor lo llamaríamos "eros". Es como un chorro de agua. La vida sube y es atraída hacia arriba. La caridad es ese mismo chorro de agua que cae. Por eso la caridad es atraída por lo bajo, vil, pobre, débil, miserable.

Dios siente caridad hacia nosotros; pero nosotros no podemos tener caridad hacia Dios. ¿Qué sentimiento podemos tener hacia Dios? ¡Una llamarada erótica!... Es lo que encontramos en todos los místicos, orientales, occidentales, cristianos o no cristianos. Los santos hablan de Dios en términos de esponsales: el amado que retoza sobre las colinas, cuyos cabellos son como razimos azulados; el seductor que mira por el enrejado, que busca el alma de la amada.

No vayamos a creer que la pasión amorosa del santo está apagada: es exactamente lo contrario. Pero ha exaltado el impulso erótico y lo ha ajustado a su justo fin: a la única realidad, cuya altura, esplendor y gloria no son ilusorias.

Pero volvamos a la liberación.

Pasar de la pasión y del apego a la caridad, es una liberación maravillosa: es librarse del apego en cuanto significa servidumbre. Es evidente que las pasiones son formas de servidumbre, que nos empujan a hacer lo que no queremos hacer y lo que no debemos querer.

Es fácil tener claro en la mente lo que es la igualdad esencial, la vida, la muerte; más difícil es tenerlo claro en el corazón. Porque es más fácil amar a Dios con toda la inteligencia que amarle con todo el corazón. La inteligencia está hecha para y por la verdad, como el ojo está hecho para y por la luz. Nada más natural para la inteligencia que captar la verdad, porque la verdad es la cosa más sencilla. Como uno y uno son dos y dos y dos son cuatro. Una igualdad es una verdad simple.

Esta igualdad la volvemos a encontrar en el amor de caridad. El mandamiento dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Ni más ni menos: *como*. Ni menos ni más: *como*. Así pues, no puedes olvidar que debes amarte a ti mismo.

¿Y quién es el prójimo? Una vez más, la respuesta es simple. Es el que está ahí. Y observad bien: el prójimo es singular.

No se habla de multitudes, de las masas que forman la humanidad. ¿Por qué no se habla de ellas? Porque *amar* significa: *mirar a los ojos*. La humanidad, no puedes mirarla así.

Algunas personas aman a la humanidad, diosa coronada de múltiples encantos. Pero cuando se encuentran ante uno de sus miserables ejemplares como tú y yo, no encuentran nada que se pueda amar, y en eso se les comprende. Por ello el Evangelio, que no habla al azar, nos enseña: "Amarás a tu prójimo" en singular, siempre en singular. El que está ahí. Y a la humanidad entera, la amarás en tu prójimo, porque se encuentra entera en él, como está entera en ti. Amarás en singular porque el amor es uno.

Esto no quiere decir que este uno no pueda ser más que éste. Si no que si se trata de otra persona, si son diez otros, habrá diez veces uno, cada vez uno solo. El que está ahí, no es el otro, cualquiera que sea. Amale como a ti mismo: es claro, es sencillo. Hazlo y vivirás.

¡Oh! Usted está filosofando, usted emplea teorías, usted habla mucho, usted enseña cosas difíciles de comprender... Pero veamos, dice la gente sencilla, basta con amar al prójimo. En efecto, tienes razón. ¡Muy bien, hazlo!

¿Queréis más detalles? ¿Queréis descripciones y definiciones más precisas sobre el prójimo?

El prójimo es... No sé si lo habéis mirado bien; yo lo he mirado bien y no le encuentro una cara muy agradable. Lo encuentro insípido al prójimo. Tiene una mala jeta, ese prójimo; el prójimo a veces es un borracho; y otras veces es peligroso.

Además, al comienzo el prójimo te mira de reojo, o incluso ni te mira. Y cuando empieza a mirarle, se enfada. A veces no te permite acercarte: se defiende, desconfía. Encima, el prójimo tiene un defecto horrible: huele muy mal... El problema de la caridad, el pro-

blema social, todo eso no es un problema de sentimientos o de ideas: es una cuestión de olfato.

Pero, puesto que la caridad es un acto de la voluntad, debes plantarte ante el prójimo, hinchar los pulmones y decir: "¡Uno más que hay que amar!" Y a practicar la virtud. No amas mucho la virtud; yo tampoco la amo suficientemente. Pero hay que pasar por eso. Así que vas a hacer un esfuerzo, vas a pensar: ¿qué puedo hacer por él? ¡Ah! mira, tiene hambre: le doy de comer. Es poco, porque mañana tendrá hambre de nuevo. ¿Puedo ofrecerle una ayuda mejor? ¿Qué es lo que el prójimo necesita continuamente?

Pobres, pobres, todos somos pobres. El prójimo siempre es pobre. Hay pobres que no comen y pobres que comen demasiado. ¿Qué mortal no es pobre, amenazado por la muerte en todo momento, hundido en el error y el pecado, en remordimientos y dramas? ¿Cómo puedo ayudar a los demás yo que que estoy trabado por todos los impedimentos que afectan a los demás? ¿Cómo puedo ser capaz y digno de ayudarles debidamente? ¿Por dónde voy a empezar? ¿Por ellos o por mí? Y si debo amar al prójimo, ¿cómo le voy a amar como a mí mismo, si no me amo a mí mismo? ¿Pero cómo puedo amar sin conocer? Yo, yo, ¿qué es el yo? ¿Hay en el fondo de mí algo que sea digno de amor? ¿Qué amo en mí? ¿Quién soy yo?

En la medida en que sepa salvarme a mí mismo, podré salvarle también a él. Tal vez sin hacerle ni decirle nada. O simplemente haciendo y diciendo. A veces, una simple palabra es el tesoro que se debe ofrecer al prójimo que sufre, mientras que una fortuna le hundiría en su miseria.

¿Qué tengo yo que pueda dar y de dónde voy a sacar lo que doy? Ya veis cómo se sostienen mutuamente los ángulos del triángulo del amor.

Ya hemos indicado que el prójimo no se deja amar fácilmente. Y que la caridad no es, ante todo, un sentimiento. Añadamos ahora que la evolución normal del acto de caridad hace que se convierta en un sentimiento, que se convierta en un amor propiamente dicho mientras al comienzo no era más que un acto de buena voluntad.

Insisto: al comienzo la caridad es un acto de voluntad y de virtud. Pero la madurez de la caridad, la plenitud de la caridad consiste en gracia, gracia natural y sobrenatural.

La gracia natural es que todos los esfuerzos que has hecho por ese pobre que te ha salido al encuentro y que has querido salvar, conducen a este resultado: que ahora le quieres de verdad. Y el resultado del esfuerzo es que ya no es necesario esforzarse. Ese miserable, ese extranjero, ese culpable, ese vicioso, ese enfermo que has cuidado, protegido, instruido, liberado, ¡pues ya le quieres como un hermano, como un hijo, como un padre! Todos los amores humanos a los que has renunciado los recuperas, se condensan y se imbrican los unos en los otros en torno a este ser al que no amabas, hacia el que incluso sentías una viva repugnancia, —que ha cambiado de signo. Si ya no ves lo que en él hay de feo, tal vez sea porque lo has hecho desaparecer.

Ahí está el vuelco o la conversión del corazón. Etimológicamente, *caritas* significa *gracia*. ¿Quién lo creería? Porque pocas veces es agraciada.

Y ahora vamos a acercarnos al más difícil de amar de todos los prójimos: el enemigo.

Porque también está comprendido en el mandamiento. Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os desean el mal: no es un "consejo", como suele decirse: es la ley. Es la ley para salir de la maldición de la ley, de la cadena del pecado.

Me ha ofendido, me ha arrebatado mi bien, me ha engañado, amenaza a mi familia, invade mi país, me niega mi derecho, no me paga lo que me debe. ¡Amar! ¡Amar al enemigo! ¿Pero qué significa eso? ¿De qué me hablas? ¿Qué disparate: amar al enemigo! Es como decir: lo blanco es negro, el círculo es cuadrado. Pero el cristiano para quien esta palabra no significa nada es como sal que ha perdido su sabor. ¿Qué es una sal que ha perdido su sabor? No vale ni para mezclarlo con el estiércol (incluso es muy malo para el estiércol: ¡los campesinos lo sabemos muy bien!...)

Amar significa querer el bien de mi prójimo. ¿Qué bien puedo desear a mi enemigo que es a la vez mi prójimo? ¡Sencillamente, querer sacarlo de su mal! Si le saco de su mal, yo también me libro de él. Eso es. ¡Ya veis cómo uno se hace hábil y práctico cuando ra zona convenientemente!

Entonces, ¿qué voy a hacer para sacarle de su mal? ¡Ah! dice el hombre de leyes, el hombre honrado, le voy a pagar con la misma moneda! ¡Buena lección, buena corrección para él! Se lo pensará dos veces antes de volver a empezar. ¿Me ha arrebatado mi mujer? Le voy a arrebatara la suya. ¿Me ha roto un diente? Yo le voy a romper otro y tal vez dos, si puedo. ¿Me ha arrancado el ojo derecho? Le voy a arrancar el ojo izquierdo. Esa es una manera de proceder inteligente. Y fuerte. Eso lo resuelve todo.

Pero un mal más un mal, ¿cuántos males son? ¡Dos! Y la historia demuestra que, de dos en dos, se llega a millones, a una cadena de males que no terminan nunca y cuyo último eslabón es la muerte. Muerte para todo el mundo, muerte sin interrupción. El mal que atrae al mal, el emparejamiento de demonios. Este es el mal peor, el que ataca a la cabeza del pecador, el que le impide razonar y hace que la misma razón se convierta en locura.

¿Cuál es la razón de los actos? Es la justicia. ¿Y qué es la justicia? Es el ajuste perfecto de los actos en el bien. E, incluso en la separación, el resultado es el bien. Intercambio de bienes, intercambio de favores, eso es la justicia.

De todos es conocido el mal producido por los malvados. Pero también existe la tremenda maldad de los buenos, el horror universal que los hombres llaman "justicia": todos los suplicios, todas las prisiones, todas las desdichas inventadas por los buenos, los virtuosos, los honrados para hacer la guerra a los deshonestos, a los pobres imbéciles que han matado a dos o tres de sus semejantes y no han sabido hacer nada más. ¡Pensad en todos los inventos abominables y atroces que han puesto en pie para defender sus derechos, toda esta gente honrada y buena, todas las personas virtuosas que están preparando la catástrofe universal de la tercera guerra mundial! Claro, no son ladrones; no son asesinos ni viciosos; no tienen malas intenciones; tienen buenas intenciones, ¡de las que el infierno está lleno!

¡Mucho cuidado con la "justicia" y sus cadenas, con sus prisiones! ¡Mucho cuidado con lo barrotes y las rejas, con las puertas blindadas de la "justicia" y de los justicieros! ¡Mucho cuidado con sus cañones, sus bombas, sus ametralladoras, sus revoluciones y sus guerras y sus campos de concentración! ¡Mucho cuidado con la sentencia, más cruel que todos los crímenes!

Lo más urgente para todos es salir de las cadenas de la justicia violenta y de los desbordamientos de la violencia legítima. Encontrar la salida de estas trampas o, mejor, anunciar que se ha encontrado la salida! Que se ha encontrado otra manera de resolver los conflictos, que no sea la de devolver odio por odio, mal por mal, so pretexto de detener el mal, cuando lo que se hace es multiplicarlo.

Esta noticia, esta buena noticia, este evangelio para el siglo actual, es la no-violencia activa y militante. Esa es la revolución total: la que comienza por uno mismo y no por los demás, la que no comienza echando por tierra las instituciones, sino haciendo el descubrimiento del corazón. La *revolución* que comienza por la *conversión*, es decir por un auténtico vuelco. Y cuando este vuelco se ha operado en el interior, entonces se llega a realizar con toda naturalidad y, sin la menor violencia, también en el exterior.

CUARTA CONVERSACION

Preguntas y respuestas

*Para alcanzar la libertad,
como hemos visto,
hacen falta tres cosas:
fuerza, conocimiento y amor.*

Pregunta.— Usted ha terminado una de sus conferencias afirmando que había que tomar medidas de no-violencia activa. Quisiera preguntarle qué medidas hay que tomar en una situación concreta de injusticia que tiene lugar aquí, en Montreal. En la isla, hay un barrio muy rico que se llama Ville Mont-Royal. Viven allí muchos de lengua inglesa, pero también canadienses franceses. Para impedir que los menos ricos vengan a sus parques y que los niños pobres se mezclen con los suyos, las autoridades han puesto una cerca que rodea todo el barrio. A mí me parece que imponer semejante segregación en función de la renta perjudica tanto a los niños ricos como a los niños no ricos. ¿Se pueden tomar medidas para obtener que esa cerca sea retirada? Para mí simboliza la separación que constantemente se interpone entre los hombres.

Respuesta.— No tengo soluciones prefabricadas para cada caso. Cuando me encuentro frente a un caso, comienzo por reflexionar, preferentemente acompañando la reflexión con el ayuno. Después, espero que me venga una inspiración sobre lo que voy a hacer. Comenzad por ahí: pensad por cuenta propia, y si encontráis una solución, ponédla a prueba intentando dar a conocer el proyecto. Si encontráis la manera de hacerlo sin perjudicar de hecho a nadie, ponédlo en práctica. Sin duda, esta respuesta os decepcionará, pero no veo otra por ahora. Esa barrera es tal vez lamentable. Es una imagen que provoca la indignación de los justos. Pero ¿estáis seguros que al suprimir esa barrera no vais a multiplicar los enfrentamientos y las frustraciones? Hay muchas cosas por hacer, urgentes e importantes, además de suprimir una barrera. Hay que destruir todas las barreras invisibles. Cuando uno se lanza a una empresa, hay que poder continuarla hasta el fin.

P.— Usted ha hablado de la caridad relacionándola con el triángulo divino. Es cierto que en el mundo hay personas que practican la

caridad, aunque rechazan este nombre que les parece detestable: han oído hablar demasiado de ella y prefieren que se vea en ellos un comportamiento humanitario sin referencia a ninguna religión, ni siquiera a Dios. ¿Existe un lazo entre estas dos cosas: caridad y humanidad?

R.— Hay personas que creen que creen y no creen. Y hay personas que creen que no creen y sí creen. Me pregunto qué es mejor. Hacerse la pregunta es ya contestarla.

Pero mejor todavía es saber lo que se dice cuando se cree y poner en práctica lo que exige esa fe. Procuremos completar, compensar y, sobre todo, evitar las oposiciones negativas que no conducen a nada.

Recordad aquel momento en que Jesús dice a la mujer cananea, es decir extranjera e increyente: "He venido a juntar a los hijos de Israel. El pan se ha hecho para los hijos y no para los perros". Palabras poco agradables para esta buena mujer... pero ella respondió: "Los perros recogen las migajas que caen de la mesa...". Y Jesús quedó admirado de ella... "He venido a salvar a los hijos de Israel"; hemos venido para convertir a nuestros correligionarios. Si lo hicieramos de verdad, no habría tantos ateos en los países cristianos. Si queremos convertir a los ateos, hay que comenzar por convertir a los cristianos. Los ateos seguirán y dejarán muy pronto de ser ateos. Frecuentemente tienen muy buenas razones para ser ateos —y hemos de confesar que a veces tenemos grandes tentaciones de serlo nosotros también. Recordemos que la fe es una virtud. Como la caridad, es un acto de la voluntad. Si no se quiere creer —yo no digo: si se rechaza, sino sencillamente si no se hace un acto de voluntad deliberado—, no se puede creer. Por un acto de voluntad constante y fiel, es como nos ponemos no solamente a creer, sino también a cultivar la fe, a hacer que esta fe desplace montañas y transforme a los hombres.

Entre los hombres de cualquier categoría, de cualquier raza, de cualquier religión y de cualquier clase, se encuentran maravillas de bondad, tesoros que la naturaleza ha acumulado en ellos. Aunque nieguen esos tesoros, aunque no sepan lo que hacen y dicen, sin embargo hacen cosas bien bonitas. Las hacen muy bien, pero las dicen mal. En definitiva, lo que dicen no tiene mucha importancia...

Jesucristo en persona dijo: "Los que dicen Señor, Señor, no son los que entrarán en el Reino de los Cielos. Los que hacen lo que yo he enseñado, éstos son los que entrarán. A los otros, no los conozco".

Hay personas que se dicen ateas. Les pregunto: "¡Ah! ¿Ustedes no creen más que en su vientre?". Y se indignan. También se ve gente que va a misa todos los días, que hacen genuflexiones y rezan rosarios, y a pesar de ello viven como ateos. Otros, anticlericales hasta los tuétanos, se apresuran a ayudar a los pobres y a visitar a los presos. ¿Cuáles son mejores?

Las dos maneras de actuar son defectuosas. De todas las virtudes, la menos frecuente es la coherencia. Pensar, sentir y actuar con lógica. ¿Te proclamas ateo? ¿Reniegas de toda religión? Pues bien, sé consecuente: ¡actúa como un animal! Por ahora no eres ni berza, ni cabra, ni hombre, ni animal. ¿Y Dios? ¿Tienes alguna experiencia de Él?

Intentemos tener experiencias. Intentemos encender una llama interior. Después, tal vez podamos hablar de lo que sabemos.

P.— El nombre "Arca" me inquieta un poco... ¿No sugiere la idea de que el mundo corre peligro de naufragar?

R.— Esa es una inquietud que yo comparto...

P.— Pero todo lo que el hombre ha conseguido construir hasta la fecha, las industrias, las redes de comunicación, ¿acaso todo esto está perdido? ¿El mundo no tiene más salida que el naufragio?

R.— Cristo contempla el Templo de Jerusalén y dice: "No pasará una generación sin que de todo esto no quede piedra sobre piedra..."

Podéis admirar vuestras grandes fábricas atómicas, vuestros ejércitos en marcha, vuestras mecánicas, vuestros medios de transporte, vuestros aviones, vuestros inventos, vuestros espléndidos negocios: todo va a saltar hecho añicos. ¿Preguntáis por qué sucede que estos avances de la técnica no sirven al bien de la humanidad más de lo que sirven a su destrucción?

¡Pues esa misma es la pregunta que yo os hago! Pero vosotros no tenéis respuesta, mientras que yo sí la tengo: porque todo eso no ha sido hecho para el bien de la humanidad. ¿Cuál de esos avances no engendra la guerra, la revolución, la miseria y la esclavitud? Encontradme un método para vivir sin esas cuatro plagas.

Ocupémos del fin hacia el cual tendemos y no nos contentemos con acumular medios olvidando el fin. Examinemos también los motivos. Si estos son buenos, la cosa es buena, a pesar de las dificultades; si son malos, la cosa es mala, a pesar de las ventajas. Ahora bien, los motivos son el espíritu de lucro, de rivalidad y de dominio. Si elimináis estos resortes, todo se viene abajo; el mundo se reconstruye sobre otras bases y desaparece toda guerra y catástrofe. Pero no los eliminaréis. De forma que la guerra, la revolución, la miseria y la esclavitud alcanzarán su punto culminante. Nos estamos acercando, y muy deprisa, a este punto álgido. ¡Abrid bien los ojos y sabed a dónde vais!

P.—¿No es obligado que el paso por la tierra sea difícil puesto que es el medio para “escalar” al cielo?

R.—Sí, pienso que las dificultades son necesarias. Pienso que todas las dificultades y todas las desgracias que nos llegan no son malas sin más. Si Dios las permite, es probablemente porque pueden servir de escalones para “escalar”, como dice usted. Pero ay de nosotros, si nosotros mismos fabricamos la dificultad.

P.—Según usted, ¿cuál es el sentimiento profundo, último, verdadero, que cada persona debería tener respecto a sí misma? ¿Cuál es el sentimiento que los hombres deberían experimentar hacia sí mismos?

R.—Lo esencial es adquirir un comienzo de conocimiento de sí mismo.

P.—Pero si se considera que una persona tiene ya este conocimiento de sí, ¿qué sentimiento fundamental debería experimentar hacia sí misma?

R.—Todos tenemos el sentimiento de nosotros mismos. Sentimos que existimos, incluso existimos gracias a ese sentimiento. Es este sentimiento el que nos permite mantenernos en vida y el que nos empuja a mantenernos en ella.

Pero sería preciso pasar del sentimiento al conocimiento de nosotros mismos, es decir a la conciencia. La segunda etapa es el amor de sí mismo. La tercera etapa es el conocimiento de lo que en nosotros mismos merece amor y el despegue de lo que en nosotros es “diferente”, pues se da mucho “diferente” en nosotros mismos y mucho de nosotros mismos en los otros.

P.—¿Cuál ha sido el factor determinante de su vida, cuando fue a Ceilán o cuando estudió en París; o también, cuando hizo una peregrinación a pie por Europa? ¿Era con vistas a descubrir el mundo o para profundizar su religión?

R.—Por los dos motivos a la vez. No se puede profundizar la religión manteniéndose al margen de todo lo demás.

P.—Usted habla de una libertad que hay que conquistar a cualquier precio. Pero finalmente, ¿para qué queremos ser libres?

R.—Muy buena pregunta... es la gran pregunta de Nietzsche: “No os pregunto de qué sois libres, os pregunto por qué sois libres”.

La verdadera pregunta es la siguiente: ¿Qué hago yo de mi libertad? Pero creo haber respondido ya a esta pregunta...

Para alcanzar la libertad, como hemos visto, hacen falta tres cosas: la fuerza, el conocimiento y el amor. Si os falta una de las tres, no podéis alcanzar la libertad. Pero si las tenéis y también tenéis la libertad, no preguntéis “para qué ser libre”... Lo sabéis vosotros mismos. O si no, lo sabréis cuando eso suceda.

P.—Muchos cristianos se hacen una pregunta sobre Cristo en cuanto representante único de Dios sobre la tierra. Para los fieles de otras religiones, el representante es otro. ¿Entonces se puede decir que la venida de Cristo trae consigo algo nuevo al hombre o hay que admitir que este fenómeno, considerado como único por los cristianos —el Hijo de Dios que muere—, se encuentra en todas las creencias?

R.—Una nueva conciencia se desarrolla en muchos cristianos a propósito de ciertas verdades predicadas por la Iglesia como únicas y exclusivas. Hoy se va tomando conciencia de que estas verdades están afirmadas también en otras tradiciones bajo otras formas, a veces análogas y a veces diferentes. Cada tradición tiene sus figuras, sus parábolas, sus símbolos, su lenguaje que hay que saber descifrar.

Pero la verdad no se encuentra nunca en las fórmulas. La enseñanza de la doctrina —y esto lo afirma la misma doctrina— no se encuentra en las fórmulas. Porque toda fórmula, aun buena y verdadera, corre el peligro de ser un estorbo, una barrera contra la verdad que quiere expresarse. Una fórmula puede y debe ser una vía que con-

duce a la verdad, una relación verdadera con la verdad y con Dios, un medio y no un fin... No se debe encerrar a Dios en una fórmula, como no debe encerrarse en una estatua. Todos aquellos que toman una u otra forma de Dios por Dios mismo son idólatras.

No debes creer en las imágenes, pero no puedes creer sin imágenes. No debes creer en las ideas, pero no puedes creer sin ideas o sin razonamientos, porque sin ellos no eres un sabio, sino una vaca. Eres un ruminante. Y no precisamente un animal que pace buena hierba, sino un animal que rumia ideas falsas. Entre los dos peligros—el de la idolatría y el de la negación—, debes encontrar el justo medio que comprende a los dos. Hay que mantenerse firmemente arraigado en las santas Escrituras de nuestra religión, y meditar y practicar sus enseñanzas. Pero no hay que maldecir lo que es extraño a nuestras fórmulas, sino más bien buscar más allá de la letra lo que constituye el fondo común. De todas formas, lo importante es amar y salvarse.

P.—¿Salvarse de qué?

R.—Del mal y de la muerte.

P.—¿De la muerte?

R.—Es el fundamento de la religión: salvarse de la muerte. Porque si sólo vivimos para morir, no merece la pena continuar. Todo lo que tiende hacia la muerte nos causa horror. Vivimos gracias al amor a la vida. ¿Qué es la religión? Es avanzar en esa dirección hasta el fin: la vida eterna. ¿Hay en mí algo que no morirá? La religión nos responde que sí: efectivamente hay algo que no morirá. Y si todo tu pensamiento, todo tu corazón, todas tus acciones te ayudan a instalarte en esa parte de ti mismo que no está destinada a la muerte, has alcanzado la salvación. Todo lo demás son medios. Pequeños o grandes medios.

P.—¿Cómo clasifica usted a los medios pequeños y grandes?

R.—Los medios pequeños son los que indica la religión de todos los días: la oración, la caridad elemental. Pero el desarrollo de la vida interior, las diversas experiencias de la verdad, las inspiraciones, éstos son los grandes medios.

P.—Pasando a otro terreno, ¿de qué manera se puede transformar el amor sentimental en caridad?

R.—Yo no pienso que se pueda transformar en caridad. Puede crecer o disminuir, o apagarse de repente. La caridad hay que desarrollarla completamente por separado del amor sentimental. La caridad puede crecer porque es, ante todo, un esfuerzo de la voluntad. Y puede, como fruto de este esfuerzo, convertirse en sentimiento. Si la caridad se convierte en un sentimiento muy vivo y muy intenso, ocupará con toda naturalidad el lugar del otro. La caridad ocupa su lugar, pero no es una transformación del amor sentimental. Es otra realidad que ha venido a ocupar el espacio en ese mismo corazón en el que el espacio es limitado. Los dos no pueden fácilmente convivir tranquilos. Habrá desgarros interiores... pero uno de los dos ganará el espacio perdido por el otro.

P.—¿El creyente acepta los sufrimientos de la vida para alcanzar una alegría futura? ¿El sufrimiento es un medio para encontrar una serenidad y una forma de alegría: sufrir ahora para ser feliz más tarde?

R.—Querido amigo, no se trata nunca de la vida futura. La vida eterna no queda relegada en el futuro: es pasado, presente y futuro. Por consiguiente, la vida eterna ya está presente; y, en efecto, todo sufrimiento voluntario o aceptado se transforma en una alegría que no se confunde con el placer ni con el dolor. En una alegría ardiente e incluso sufriente, porque si sufres por los que amas, ya sabes por qué sufres. Estás de acuerdo en sufrir por los que amas: así pues, sufre y no sufres al mismo tiempo. Eres feliz sufriendo.

¿Se puede sufrir con alegría? Acudes a la representación de una tragedia en el teatro y lloras. Tu vecino se compadece de ti y te dice: "Amigo, le voy a sacar de aquí... ¡Pero usted está loco!". Te agarras a tu butaca, porque quieres seguir llorando. A eso has venido, ¿no?... Esta experiencia nos puede dar una idea de lo que es la alegría de sufrir...

P.—Usted conoce las religiones cristianas y orientales. ¿Cuál es su postura ante la reencarnación?

R.—Mi postura está hecha de un gran respeto y un gran interés. Conozco esta doctrina y la encuentro muy atractiva. Pero lo importante no es que yo crea en ella o no: eso no tiene importancia. Lo que importa es saber dónde está la verdad.

No hay que imaginarse que Occidente ha descubierto la doctrina hinduista en el siglo pasado. Desde los primeros siglos cristianos, se enseñaba en Alejandría la doctrina de la reencarnación. Entre los egipcios era conocida con el nombre de "transmigración de las almas". Los cristianos la rechazaron siempre por su incompatibilidad con la doctrina de la resurrección. En ésta, la forma y la identidad personal quedan a salvo; en la doctrina hindú, la forma cambia hasta tal punto que hay que preguntarse cómo puede subsistir la identidad. Como cristiano, creo que volveré a nacer con el cuerpo y el alma que hacen que *soy yo mismo* y no otro ser. Yo no soy Dios, pero estoy en Dios: lo cual hace dos en uno. El amor unifica, sin duda, pero para que haya unión, hacen falta dos personas. El cristiano cree que siempre seguimos siendo dos; dos que se aman, pero dos que son dos. Para el hindú, no. Se produce desaparición completa y ocultamiento del uno en el otro. En los eslabones intermedios, la persona se disuelve igualmente en otros seres, y así te puedes convertir en un cerdo, un conejo o un dios.

Cuando se produzca la resurrección, dice S. Pablo, la corruptibilidad no va a heredar la incorruptibilidad. Siembras la simiente y Dios te dará después el cuerpo que le conviene. Eso es lo que significa "la resurrección de la carne".

Pero es preciso entender bien la palabra "carne". Tenemos la carne de los peces, la de los cuadrúpedos, la de las aves; hay cuerpos terrestres y cuerpos celestes. Lo corruptible no engendra lo incorruptible: tu cuerpo de carne se pudrirá. No es este cuerpo ni esta carne los que van a resucitar —éstos no son más que el estiércol en el que es enterrada una simiente que, ella sí, resucitará *con la misma forma*: el alma no es un vapor vago, sino una *potencia formal y formadora*. Los que han sido juzgados dignos de resucitar, los que se han hecho dignos de la resurrección, no morirán, porque esta misma potencia que ha dado forma a su cuerpo material y carnal, dará forma a un cuerpo de luz. El resucitado será el mismo hombre que había sido. No será su forma la que cambiará, sino la *materia* transformada en luz. No será como una gota de agua que cae en el océano de Dios: será la estrella que permanece en su lugar y que sigue unida en la luz a todas las demás estrellas. Será como una nota musical que no se mezcla con otras notas, sino que permanece en su lugar exacto, con

su intensidad propia y su timbre único, y no como un perfume que se mezcla. Así es como se hace la sinfonía. Entre millones de otras notas, esa nota no se altera. Sigue siendo la misma.

¿Me seguís? Me seguís hasta cierto punto. Yo mismo no me sigo del todo... S. Anselmo decía: "Señor, haz que comprenda lo que estoy diciendo...".

QUINTA CONVERSACION

**Acerca de las cuatro plagas
y su causa: el pecado**

*Uno de los grandes axiomas
de la ciencia del bien y del mal
es que resulta más fácil
sacar el sustento del prójimo
con un arma que
sacarlo de la tierra
con un instrumento de trabajo.*

Tenemos el mundo creado por Dios; y en cada uno de los momentos de la creación, "Dios vio que era bueno".

Y tenemos el mundo hecho por los hombres. Los hombres formados a imagen de Dios han creado su mundo. Pero la palabra mundo tiene dos significados, que se encuentran en el Evangelio.

"Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único para salvarlo". La expresión "todo el mundo" significa "todos los hombres", los hombres en el orden natural, los hombres en la naturaleza, la naturaleza del hombre.

Tenemos también al "príncipe de este mundo", al que ya conocéis. Escuchad las palabras de Jesús: "Yo no soy de este mundo. Vosotros, sí sois de este mundo. Por eso el mundo os ama; a mí el mundo me odia". En este texto, "el mundo" no tiene el mismo significado, significa incluso todo lo contrario.

Jesús se encuentra con el "príncipe de este mundo" tras cuarenta días de ayuno. Entre otras tentaciones, el "príncipe de este mundo" le ofrece una parte de su poder; te muestra todos los reinos de la tierra y le dice: "Se los doy a todos los que me rinden homenaje". Es el "padre de la mentira". Pero Jesús no le dice: "¡Mientes!". Sencillamente rechaza el regalo. Vamos a reflexionar sobre esto: sobre estas dos divisiones del mundo que se mezclan y se cruzan a diferentes niveles.

Sabéis que Rousseau declaró: "El hombre es naturalmente bueno, pero el mundo, es decir la sociedad, lo corrompe y lo adultera". Se pregunta uno quién ha hecho entonces esta sociedad o de qué se compone. Si el hombre es bueno, ¿por qué ha hecho una sociedad mala? Esto no quiere decir que esas dos afirmaciones sean del todo falsas; pero son contradictorias si se las toma en sentido absoluto.

El hombre es naturalmente bueno. Quiero decir: la naturaleza del hombre es buena y, como toda la naturaleza, Dios la ha hecho buena e incluso excelente. El hombre, tal y como Dios lo ha creado, es bueno; es lo que se afirma en el Libro santo.

A diferencia de las demás criaturas, parece que Dios primero concibió al hombre y en un segundo tiempo lo realizó. Cuando se trata de todas las demás criaturas, dijo y aquello quedó hecho: "Que la luz se haga y así fue". Pero en el caso del hombre: "Ahora hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza". Y en un segundo tiempo: "Entonces hizo al hombre a su imagen y semejanza; lo hizo varón y mujer". El hombre tiene, pues, una doble naturaleza. En él se dan varios niveles de creación, a diferencia de las demás criaturas de las que no se dijo: "Voy a hacer el mundo a mi imagen y a mi semejanza".

Toda obra comporta una cierta imagen del que la ha concebido. Tal vez sea la tarea del filósofo, del pensador y del teólogo buscar las huellas y los vestigios de la mano divina en las criaturas —desde los minerales hasta los vegetales y los animales— en la tierra, en el sol, en los astros, en la luz: todo contiene reflejos de la gloria divina. Son, pues, imágenes de Dios.

Imágenes, pero no semejanzas.

La imagen es la huella recibida. Todo ser recibe esta huella que es su naturaleza, su carácter, su dignidad, su excelencia. Pero toda criatura no ha recibido la capacidad de devolver la imagen, realidad expresada por la palabra "semejanza".

Dios ha hecho al hombre dotado de conciencia, de inteligencia, de esa capacidad particular y única de recibir conscientemente la imagen de Dios y de devolverla. El hombre ha recibido la conciencia, la unidad, la libertad, la capacidad de amar, de responder con amor, de comprender, es decir de devolver la imagen, de formar su verbo en su interior y de expresarlo bajo la mirada de Dios.

¿Cuál es, pues, esta imagen y semejanza del hombre con Dios? ¿Tiene Dios forma de hombre? ¿Es Dios un gran hombre situado allá arriba en las nubes del cielo? Así es como lo presentan los libros sagrados. O más bien, lo representan. Y toda representación de Dios que pretenda ser correcta debe estar acompañada de una negación.

Quiero decir: el hombre es su imagen y al mismo tiempo no lo es, porque una imagen es visible y limitada; la imagen se parece a alguna criatura. Pero el creador, invisible e infinito, no puede parecerse a ninguna criatura, ni siquiera a una criatura maravillosa y perfecta. Por eso la Biblia prohíbe esculpir o pintar imágenes del Altísimo: hay que dejarlo en su reino invisible e impenetrable. Sin embargo, todas las religiones, incluso la religión judía, no tienen más remedio que forjarse una imagen de Dios. La ley prohíbe dibujarla, pintarla o tallarla en la piedra, pero se la describe en palabras. ¡Y qué palabras! ¡Qué incisivas, con qué colorido! El brazo de Dios, el furor de Dios, la boca de Dios, el ojo de Dios, las entrañas de Dios, Dios montado sobre las nubes como sobre un caballo. No es posible ser más colorista ni mejor escultor. Y ello sin emplear pinceles ni cincelos.

¿Cuál es la imagen de Dios impresa en el hombre?

En primer lugar, es la conciencia del hombre, su unidad. Dios es uno y el hombre es uno, por naturaleza. Es la unidad interior de los elementos que lo componen. Dios es infinitamente poderoso y libre. Dios es el ser y el hombre *tiene* el ser. Hay que prestar atención a la distinción entre "tener" y "ser".

Libertad, saber, conciencia, conocimiento: en estas cosas invisibles es donde se encuentra la imagen y la semejanza. Es ahí donde reside el lado divino del hombre que hace que cada hombre debe ser considerado como sagrado.

Si la familia humana fuera simplemente el producto de la reunión de estos hombres concebidos a imagen de Dios, entonces el mundo sería de un orden divino. Tendríamos aquí en la tierra el reino de los cielos del que habla el Nuevo Testamento, o si se prefiriere el paraíso terrestre del Antiguo Testamento. Estos dos extremos de la Historia santa coinciden.

Pero nos vemos forzados a reconocer la diferencia entre estas realidades en las que creemos y la realidad que vemos. Esta última realidad, la llamamos "mundo". Y si "mundo" quiere decir "orden", el mundo presenta un orden. Este orden se manifiesta a través de unas leyes, unas relaciones, unos intercambios, un proyecto común, un disfrute en común de cierto número de bienes, la producción de un gran número de bienes. El mundo se expresa por una cierta dosis de

paz y de felicidad, de verdad, de justicia, de admiración de la belleza o de la bondad. Estos tesoros se encuentran en todas las civilizaciones, incluso en las situaciones de salvajismo, desde la tribu patriarcal hasta los grandes imperios refinados.

Pero es bien sabido que todas las civilizaciones han hecho guerras atroces, que todas se han visto regularmente turbadas por rebeliones y conmociones. Sabemos que su prosperidad y su esplendor se han basado en la esclavitud, lo que puede afirmarse tanto de las civilizaciones pasadas como de la nuestra. Sabemos, en fin, que todas las prosperidades y grandezas se han pagado con la miseria más o menos grande de la mayoría. En otras palabras, la guerra, la rebelión, la miseria y la esclavitud son los rasgos constantes de todas las civilizaciones.

Pero estas cuatro plagas, a diferencia de las plagas naturales, son obra de la mano del hombre. Son plagas artificiales. Sin embargo, contrariamente a lo que sucede con los demás artificios humanos, no son queridas. Nadie las quiere. Nadie quiere padecerlas ni siquiera hacerlas padecer a otros. Esto es característico y muy evidente en el caso de la guerra: nadie la quiere y todos piensan que es el otro el que la ha querido. Ante estas plagas, uno se encuentra como ante los cataclismos naturales: los soportamos con resignación; hay que resignarse ante ellos. Y ante las plagas hechas por la mano del hombre, hay que resignarse a participar en ellas. Llega la guerra, el gobierno me moviliza; tomo el fusil y me voy a la guerra. No es que tenga ganas; estaría mucho mejor en casa. Pero tengo que ir.

Si un temblor de tierra afecta a un país, como puede ser el caso de Chile o Perú, nadie se pregunta si los chilenos o los peruanos son tan malos que merezcan semejante castigo de Dios. ¡Bueno, a veces la gente sí se lo pregunta! Es una pregunta que se ha hecho a través de la Historia. De todas maneras, se puede probar que los chilenos y los peruanos no han querido que sus casas les caigan sobre sus cabezas.

Pero cuando el cataclismo es artificial, cabe preguntarse a qué clase de falta corresponde. ¿De qué ha sido culpable el pueblo víctima de la guerra? ¿O el agresor?

Pero hay que tener en cuenta que los pueblos más preocupados por la moral, los más atentos a sus deberes, los más valientes, los

que tienen más desarrollado el sentido de sus derechos y el espíritu de sacrificio, son los más prontos para el ataque y los más encarnizados para la defensa.

Lo que digo de la guerra puede transponerse a las otras tres plagas. Haced vosotros mismos las transposiciones.

Así pues, ¿cuál es el origen de este fenómeno? ¿Cómo puede suceder semejante cosa? ¿Es acaso la voluntad de Dios la que quiere que la guerra castigue a la pobre humanidad? ¿Dios dejaría llover las catástrofes desde lo alto del cielo sobre nosotros sin ton ni son?

Hoy existe una ciencia especial que se llama la polemología: la ciencia de la guerra. El nombre es bonito. Autores, muy sabios en Historia y muy pobres de pensamiento, han analizado todas las causas de la guerra. Pero no hay una sola que resista al análisis. En realidad, no hay, que yo sepa, un solo filósofo de la Historia estudioso de este fenómeno sociológico y que haya dado con las verdaderas causas. Una de las razones por las que no se buscan estas causas es porque se cree que ya están encontradas. Esto no sólo lo creen los sabios y los filósofos, sino todo el mundo.

La guerra viene porque hay odio entre los hombres, es lo que se piensa. Es bien sencillo: si no quieres la guerra, combate el odio.

Y por eso se organizan viajes de jóvenes deportistas, viajes culturales. Buena ocasión para admirar muchas cosas bellas. Se reciben invitaciones y se celebran intercambios cordiales. Se envían diplomáticos particularmente encantadores, se multiplican banquetes con flores y champán. Se habla de la fraternidad entre los pueblos. Y nada de eso conseguirá retrasar cinco minutos la próxima guerra. Por la sencilla razón de que el odio no tiene nada que ver con la guerra, o si tiene alguna relación, la tiene como efecto y no como causa.

No hacemos la guerra porque sentimos odio: al contrario, es porque nos hacemos la guerra por lo que comenzamos a odiarnos. Antes de hacernos la guerra, no nos conocíamos de nada. Podéis creerme que al americano medio nunca se le habría ocurrido odiar a los vietnamitas; antes de encontrarse con ellos en los campos de batalla, desconocía incluso la existencia de Vietnam.

¿Y las razones económicas? La explicación es ingeniosa —con la ingenuidad del sabio que sin embargo ignora elegantemente la na-

turalidad humana. Porque parece que se hace la guerra por "interés"... Los cálculos están con toda evidencia mal hechos. Ya se ve que el genio al que se le ha ocurrido eso no era un hombre de negocios.

En realidad, para que los negocios marchen bien, hacen falta fronteras abiertas, obreros trabajando y comunicaciones fáciles. Es preciso conquistar el mercado, y la guerra no constituye ninguna ayuda para ello. Tener unos cuantos millones de hombres ocupados en destruir no añade nada a la prosperidad, ni siquiera a la prosperidad de los mercaderes de cañones, cuyos hijos, dígame lo que se diga, serán los primeros en ir al frente y en morir; y sus fábricas serán probablemente bombardeadas, esperemoslo, por las bombas que ellos mismos vendieron al extranjero. Existen países en los que se han sumido los mercaderes de cañones. ¡Pero no los cañones!

Es también conocida la famosa historia del pueblo noble que no desea la guerra: cuanta más democracia haya, más paz. Es perfectamente lógico: ¿qué son los reyes y los nobles? Ante todo, jefes de guerra. Estaban hechos para la guerra. Las guerras de la Historia era juegos de príncipes. Mientras que el campesino labraba, veía a los guerreros allá, en el límite de sus tierras, y sólo deseaba una cosa: que no vinieran donde él estaba. Pero no tenía ningún interés en sus batallas. Además, tanto amigos como enemigos, los aliados como el príncipe en persona, eran todos unos botafuegos, unos demonios.

Cuando la guerra era un juego, había que jugarla correctamente. Se observaban ciertas reglas de juego. No había que mezclar el odio: se combatía entre iguales y se divertían juntos, luchaban como lo hacen los niños. No existía ninguna intención de hacerse mucho daño. Se mataba lo menos posible y se arriesgaba lo menos posible.

Pero desde que se instauró la democracia... entonces ya, ¡se acabó la guerra galana! Fue la Revolución Francesa la que instauró el servicio militar obligatorio para todos, inimaginable en el Antiguo Régimen; se llegó a armar a los sacerdotes, acto totalmente opuesto al derecho canónico y enteramente sacrílego. "Democracia total" significa "guerra total". Se armó incluso a las mujeres.

Cuanta más democracia haya, más guerras habrá y la guerra será más total, porque un número mayor de personas se interesarán vitalmente en el juego de la guerra. Entonces ya no hay límites a la atro-

cidad, a la bajeza, a la ignominia de la guerra. Desaparece toda caballería. No prevalece forma alguna de heroísmo ni de bravura. Por cierto, la epopeya, que es la poesía de la guerra, ha desaparecido por completo.

Seamos serios. Liquidemos todos estos argumentos estúpidos. Volvamos al lugar del que partíamos hace un momento: ahí encontraremos la explicación.

Como Rousseau, la Biblia enseña que el hombre es naturalmente bueno porque está hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero la Biblia enseña también que si el hombre es malo, es *por culpa del pecado*. Si se toma aislada una sola de estas dos proposiciones, tenemos una visión completamente falsa del hombre. Decir que el hombre es malo, vicioso, mentiroso, salvaje y estúpido por naturaleza, es falso. Pero también resulta difícil mantener que el hombre es bueno por naturaleza y que todos somos buenos: el que lo diga no se conoce bien a sí mismo.

Vamos, pues, a hablar rápidamente del pecado y del mundo que el hombre ha creado a partir del pecado.

¿En qué consiste el pecado de Adán? En comer del fruto del conocimiento del bien y del mal. Es el mal de haber comido del fruto del conocimiento, el mal de haber comido del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Observad que esta proposición comienza y termina con la palabra "mal". Veamos las diferentes articulaciones de esta proposición.

Primero el árbol. ¿De qué especie se trata? Podéis buscarlo en los libros de botánica, pero creo que no lo encontraréis. Este árbol es de la especie de los "árboles simbólicos". El nuestro es el árbol del conocimiento. Esto aclara todo el relato. Es la clave del enigma.

¿Y qué es comer? En primer lugar es matar, arrebatar, triturar, incorporar, disfrutar de la absorción de lo que se ha matado. Y este mismo "disfrutar de" se vuelve a encontrar en la palabra "fruto". ¿No os gustan las especulaciones simbólicas? Consultad a las personas menos dispuestas a elucubraciones simbólicas: consultad a los financieros; y preguntadles qué significa la palabra "fruto". Os responderán sin dudar que significa *beneficio y disfrute*. ¿Qué ha hecho Adán al arrancar el fruto del árbol del conocimiento? Ha retorcido el

conocimiento hacia el *fruto*, ha arrancado el *fruto*. El conocimiento estaba plantado en medio del jardín, en el mismo lugar que el árbol de la vida. Tal vez era el mismo árbol que podía llamarse el árbol del conocimiento vital. O el árbol de la vida y del espíritu.

Se dice en general que Adán ha adquirido el conocimiento en y gracias al pecado. Basta con leer el texto para darse cuenta de que no es así. En primer lugar, Adán ha sido creado a imagen y semejanza de Dios —ya os he dicho cuáles eran esta imagen y esta semejanza: “Entre todas las criaturas, dice Dios, voy a hacer a una criatura que me comprenda y me ame. Yo la amaré porque quedará reflejado en ella”. Así pues, el conocimiento, la inteligencia y la conciencia pertenecen a la naturaleza del hombre —por principio e incluso por esencia. Son su carácter distintivo, su razón de ser. Dios habla familiarmente con Adán antes del pecado: ¿cómo se puede hablar sin inteligencia? ¿Quién hablaría a las piedras esperando una respuesta de ellas?

Pero otra prueba mucho más clara aún es la siguiente: Dios, antes del pecado, presenta al hombre todos los animales para “ver qué nombre les da”, como dice el texto. El lenguaje es de suyo una ciencia; ved, pues, cuál fue la ciencia de Adán; el texto dice: “Y cualquier nombre que les diera, ése es su nombre” —en el estilo lacónico propio de la Biblia. La primera parte de la frase está en imperfecto de subjuntivo, la segunda en presente: “ése es su nombre” —el nombre significa el conocimiento de la esencia. Cuando Adán da un nombre a cada animal está captando su verdad definitiva.

Desde el pecado, no estamos ya en posesión del lenguaje y la ciencia de Adán. Con el pecado, hemos caído (pues se trata de una caída) en el conocimiento del bien y del mal. Adán se encontraba en posesión del conocimiento del *uno*. Pero nosotros conocemos el *dos*: el bien y el mal, el bien por el mal y el mal por el bien; lo verdadero por lo falso y lo falso por lo verdadero; lo bello por lo feo y lo feo por lo bello, y así consecutivamente: toda cosa por su contrario y todo argumento que apela automáticamente a su contrario. Se trata, pues, de un conocimiento siempre titubeante y dudoso, lateral y superficial. Hemos bajado del conocimiento simple y uno al conocimiento discutible y doble. Del conocimiento interior a la ciencia exterior. Se trata de una degradación del conocimiento.

Por el abuso que el hombre había hecho de su conocimiento, Dios habría podido castigarle quitándose. Pero no, no le quita el conocimiento, se lo deja. Le permite hacer la experiencia de él hasta el final, para que el hombre se destruya a sí mismo o se recupere por el espíritu, por la voluntad de volver a la verdad divina.

Ahora, examinemos el cambio sufrido por el conocimiento y recordemos que todo ha sucedido bajo la inspiración de la serpiente, “el más astuto de los animales de la tierra”. Envuelta en la luz, es brillante, inteligente, astuta. La serpiente silbó, sacó su lengua bifida, mintió con palabras verdaderas, como todos los mentirosos. Y el hombre, escuchando a la serpiente, adquiere la inteligencia serpiente, la astucia. Toda su inteligencia se va a transformar en astucia. Abandonando la contemplación de la verdad, entraremos en el terreno de las combinaciones inteligentes. La inteligencia es mía, ¿verdad? ¡Soy yo quien la he inventado! Si es mía, ¡tengo derecho a aprovecharme de ella! El derecho... ¿para qué hablar? Si dispongo de amistades, talentos, talentos, las primeras plazas me corresponden, ¿no es así?

Desde este momento, el hombre es un animal armado de inteligencia, contra todos los animales y contra todos los hombres. Y digo bien “armado” —de la misma manera que la serpiente tiene sus dientes y su veneno, así también el hombre tiene su inteligencia, ¡qué arma tan admirable! El hombre evita el obstáculo, esquiva a sus enemigos. Saca provecho incluso de lo que podría dañarle; derriba el obstáculo, lo pone bajo sus pies, monta sobre el lomo del dragón y lo guía adonde quiere. Queridos amigos, si queréis prosperar en este mundo, os lo suplico, dejáos instruir en el conocimiento del bien y del mal. Observad cómo esta inteligencia del bien y del mal ha hecho este mundo cuyo príncipe es aquel que conocéis.

Este mundo que no es ni material, ni animal, ni espiritual: es artificial. Está enteramente hecho de trucos, inventos, convenciones, ficciones y representaciones. Toda una comedia, un pequeño juego cuyas reglas hay conocer para poder maniobrar.

Esto comienza muy humildemente, porque el pobre Adán es un subdesarrollado; tenía muy poco conocimiento del bien y del mal. Se le ha dicho que gane su pan con el sudor de su frente. ¡Pobrecillo!

Ha empuñado una azada triangular y ha comenzado a destripar terrones, mientras que la tonta de Eva, con un pequeño copo, hilaba la lana de los corderos.

Más tarde, la cosa va mejor. Los hijos de Adán y de Caín se dijeron: "Seguro que comeremos nuestro pan, ¡pero será con el sudor del de enfrente!". Y fue entonces cuando comenzaron toda clase de maniobras que todavía duran. Se trata de encontrar la manera de no trabajar. Trabajar es desagradable, es el castigo del pecado. ¿El castigo? No, es la consecuencia del pecado. Dios a nadie inflige penas. Dios sólo quiere el bien. El castigo, es el pecador el que se lo aplica y lo hace con un celo sorprendente —no hay manera de impedirle que se lo aplique. Se precipita en él, se obstina, se agarra a él. Fijaos cómo andan con sus bombas. ¡Intentad impedirles que fabriquen esa bomba que los va a matar a todos! Y de la misma manera en todo lo demás.

¿Por qué sucede que, de repente, como por efecto de una varita mágica, la naturaleza se transforma para Adán en piedras y espinas? ¡Es consecuencia de la ciencia del bien y del mal! Esta ciencia comienza por la ciencia del placer y el dolor, ¡un gran trabajo intelectual que no hacen esos imbéciles animales! Por supuesto que todo animal busca el placer, pero lo que busca sobre todo es el bien que provoca ese placer; y evita la herida que provoca el desagrado. En cambio nosotros, hemos encontrado la manera de multiplicar los placeres, incluso cuando nos hacen daño.

¿De dónde proviene el placer? Proviene de la satisfacción de las necesidades. Pero cuando la necesidad está satisfecha, el placer cesa. ¡Qué desilusión! Vamos, pues, a retrasar ese momento, vamos a hacer unas maravillosas especulaciones sobre el tema. Evidentemente, comer hierba es un placer muy limitado. Nosotros, armados con la ciencia del bien y del mal, vamos a encender un fuego, hacer la cocer, echarle sal y un poco de pimienta, más tarde una salsa: será una obra maestra del conocimiento del bien y del mal. Haremos eso durante generaciones y generaciones, hasta que la hierba nos dé náuseas e incluso nos resulte perjudicial. Necesitaremos frutas exóticas, en todas las estaciones. Alrededor, no se ven más que piedras y guijarros: con la costumbre de comer tan bien, todo lo que se en-

cuentra al alcance de la mano se te hace verdaderamente repugnante, hasta el punto que te dan auténticas náuseas.

Entonces necesitas trabajar. Te pones a trabajar la tierra como el pobre Adán o haces que la trabaje otro, lo más alejado posible de ti, porque no te gusta ver a alguien sudando —es desagradable y tú eres muy delicado. Tú mismo, procurarás no sudar. Vas a inventar toda clase de ocupaciones para no trabajar. Porque uno de los grandes axiomas de la ciencia del bien y del mal, es que resulta más fácil sacar el sustento del prójimo con un arma que sacarlo de la tierra con un instrumento de trabajo. La herramienta, se la darás a quien has subyugado por las armas —armas de hierro, armas legales o armas económicas. Tú has sometido a unos cuantos: los pones a trabajar, con elegancia les das una pequeña parte del dinero que te hacen ganar. Muy inteligente.

Ya veis qué bonito es ser instruido y cómo la ciencia del bien y del mal progresa todos los días.

SEXTA CONVERSACION

**Acerca de los dos cuernos
del príncipe de este mundo**

*Todos los ricos os lo dirán.
La fortuna no da la felicidad.*

*Lo que de verdad satisface,
es apropiarse directamente de los hombres:
es lo que se llama el Poder.*

Preguntémosnos qué es lo que constituye este mundo, el mundo hecho por los hombres. No el mundo creado por Dios con su poder ilimitado, con su ciencia y su bondad, sino el que los hombres han construido entre ellos más que en ellos, y también, como por reflejo, en ellos, a partir del pecado, es decir a partir del espíritu de lucro, de rivalidad, de poder y de placer.

Hemos hablado ya de la ciencia del bien y del mal y de la manera como desde esta ciencia se aborda el tema del placer y el dolor —que es la búsqueda sistemática y racional de una cosa que no tiene nada de sistemático ni de racional: el placer.

Hacer del placer un bien en sí mismo, pensar que tendremos un mayor número de bienes por tener más placer; hacer del sufrimiento un mal absoluto, cuando es un gran bien para todos los animales —el sufrimiento es un aviso saludable para evitar que caigan en la muerte y en el mal. El animal se orienta siempre entre el placer y el dolor: ésta es la brújula, gracias a la cual puede orientarse hacia donde debe. Puede dirigir su vida y protegerla. Pero si se empieza a impedir la oscilación del placer al dolor, la brújula no funciona. En el caso del hombre, el placer no indica en absoluto una ventaja, ni siquiera natural y vital, sin hablar del nivel espiritual.

Todos los animales saben instintivamente qué puede hacerles bien y qué les puede envenenar. Las vacas no pastan el colchico. Las aves, con la agudeza de sus pequeños ojos, distinguen el grano de la miga de pan; y si pueden escoger, se precipitan sobre el grano y dejan la miga. Pero el hombre ha cambiado todo de tal manera que su instinto se encuentra enteramente desorientado: puede llegar a sentir un atractivo especial por lo que le envenena. Ese atractivo puede llegar a ser una verdadera pasión.

He hablado de las elucubraciones sobre la comida, pero a propósito de la bebida todavía se llega más lejos. Los animales sólo beben cuando tienen sed; cuando ya no tienen sed, se paran. Pero el colmo de la especulación de la ciencia del bien y del mal es encontrar un líquido que, en lugar de apagar la sed, la excita: el aguardiente.

No voy a contároslo todo, sería demasiado largo. Podría divertirlos y obtener un éxito fácil contando detalladamente los inventos y contrainventos que ha suscitado el acto de amar y de engendrar. Pasemos al nivel superior.

Distingamos tres niveles de artificialidad. En primer lugar, la ciencia del bien y del mal aplicada al placer y al dolor. Segundo nivel: la ciencia del bien y del mal aplicada a los bienes y a las necesidades. En otras palabras, hay una ciencia del bien y del mal atenta al *bien*, es decir a la multiplicación del *placer*. Hay otra que está atenta al *mal*, es decir a evitar una *carencia*. El placer es una experiencia; un pedazo de pan es una cosa. Pero la posible carencia de pan no es una experiencia: es un "conocimiento".

La ciencia del bien y del mal te mete en la cabeza la idea de que mañana te podría faltar alguna cosa. Será preciso, pues, que te la procures hoy para mañana o para pasadomañana. De manera que, aunque no necesites una cosa y no experimentes deseo de ella, te la procuras y la guardas porque podría serte útil; al menos podría servir a tu hijo y a las generaciones que todavía no han nacido. Y aunque seas viejo y no tengas hijos, no importa, continúas acumulando, acumulando... La ciencia del bien y del mal nos enseña que un objeto, que ha causado placer o que un día ha sido útil, es un "bien".

Este "bien" no es ya una sensación pasajera: se ha convertido en un concepto y formará parte de un sistema racional y legal. El hecho de *poseer* un objeto implica la aceptación de verse privado de él por parte de todos los que no lo poseen. Es una falsa idea universal que va a perpetuarse en los hechos, en el pensamiento y en las leyes.

Si posees una cosa, alejas a los demás de lo que posees para evitar que la cosa venga a faltarte. Naturalmente, has creado una "carencia" en torno a ti. La "carencia" justifica tu temor de carecer, además colabora con la posesión y permite la puesta en valor de lo que posees.

Si un hombre posee mil veces más que lo que necesita, podría pensarse que todo eso no le es de ninguna utilidad. Pero lo que sucede, es que hay mil personas, en algún sitio, que no tienen nada. En ese momento comienzan las ingeniosas combinaciones de la ciencia del bien y del mal. El que no tiene nada vendrá a trabajar a cuenta del que tiene demasiado y éste le procurará lo necesario para vivir. Le pagará por hora o por día de trabajo, le indicará cómo quiere que se trabaje en su empresa. El otro estará contento de tener un techo, de qué comer y un salario. Incluso aceptará venderse enteramente y ser considerado como uno de los bienes del dueño de las cosas, del dueño del campo o de la casa. Este dueño puede alimentarle como lo hace con sus vacas: de la misma manera puede alimentar al pastor de las vacas y poseerlo. Puede servirse de él, hacerle trabajar, disponer de él y de su mujer. Los pone juntos y los hace multiplicarse: eso le procura abundancia de pequeños esclavos que un día serán muy útiles.

En todas las civilizaciones se encuentra esta imbricación de fortunas, este juego del que tiene demasiado y del que no tiene suficiente. Si el rico es rico, es gracias a los pobres; y si el pobre no se muere, se lo debe a los ricos. Pero es a causa del rico por lo que éste es pobre, porque si no se poseyera nada, todos encontrarían algo en este vasto mundo. Como lo encuentran los pájaros, como lo encuentran los zorros. Pero entre los hombres las cosas no suceden de esa manera.

Los pájaros no necesitan ningún permiso para entrar en tu jardín y picotear tus cerezas: que el jardín sea tuyo o de otro cualquiera, les da lo mismo y se echan de nuevo a volar.

Un mentecato dice para sí: si yo fuera rico, sería feliz y libre y tendría muchos criados. Alguien aún más mentecato dice: si fuera rico, yo pagaría bien a los que trabajan para mí, los haría a todos felices pagándoles bien.

Y no solamente se arruinará, sino que todo el mundo le dirá: "¡Amigo mío, está usted destruyendo los precios, deshaciendo los mercados y arruinándonos a todos!" Y en cuanto a sus obreros, se verá obligado a arruinarlos también al despedirlos a todos cuando él mismo esté arruinado.

Los hay que trabajan, que padecen la esclavitud del trabajo, y entre éstos los hay también que quieren duplicar su trabajo y su esclavitud para poder ganar y poseer.

Los hay que poseen y trabajan al mismo tiempo para poseer más y librarse del trabajo. Los hay que poseen lo suficiente como para colocar a los demás en la cadena sin necesidad de hacer otra cosa. Esos se encuentran encadenados en el otro extremo de la cadena.

Es lo propio de todos los civilizados, en todas las civilizaciones, desde el comienzo del mundo. Echarle al esclavo los trabajos que hacen sudar y comprarse esclavos.

Tres cosas proporcionan esclavos.

La guerra, en primer lugar. En un principio, los esclavos eran prisioneros de guerra que se traían a casa en vez de matarlos. ¡Fijaos qué honrados y qué humanos somos, en cambio, nosotros! Nosotros no los hemos matado. Se han rendido. Los hemos traído a casa, incluso les hemos dado una mujer y les hemos puesto a trabajar. Nosotros, por nuestro lado, vamos a divertirnos y a banquetear. Entre otras diversiones, nos apresuraremos en subyugar a otros pueblos.

En segundo lugar el temor a la guerra: contra los enemigos eventuales que destruyen e incendian, se busca refugio en la fortaleza del señor que está bien armado. Seguir siendo un hombre libre es demasiado peligroso. Y el señor, que es noble y generoso, te ofrecerá su protección, te guardará bajo su ala. Te pondrá a trabajar con una cadena.

Finalmente, el tercer proveedor de esclavos es la miseria. Todos los fuertes y todos los inteligentes han acaparado la tierra, y los demás, los que no tienen tierra ni nada que vender, a esos no les queda más remedio que venderse a sí mismos. De lo contrario, ni siquiera podrán trabajar, porque para trabajar hace falta un lugar para sentarse, un lugar donde se encuentre qué comer hasta el tiempo de la cosecha, aunque se haya plantado y sembrado.

La ciencia del bien y del mal ha inventado varias trampas nuevas para atrapar a los vivos. Estas trampas se llaman "empresas". Una gran trampa en la que se precipitan los pobres que no saben dónde caerse muertos. Abandonan sus granjas y sus montañas para presentarse ante los compradores de esclavos.

Los antiguos esclavos eran vendidos. Pero los de hoy se venden ellos mismos. Se venden por hora, por día o por mes.

Hay esclavos de todos los grados, quiero decir de todos los grados de grosor. Hay esclavos delgados y hay esclavos gordos, bien alimentados y que llevan cadenas de oro. Esclavos que son al mismo tiempo guardianes de esclavos: tienen un dueño, pero tienen bajo su poder toda una banda de esclavos y manejan el látigo.

De esta manera todo marcha muy bien. ¡Ya veis las ventajas y lo cómoda que resulta esta civilización! ¿Tienes hambre, tienes sed? Entrás en un café, bebes y pagas. ¿Necesitas alguna cosa? Vas a la tienda, compras y pagas. Si te sobra algo, lo pones en venta. Llega un momento en que no necesitas ni mover el dedo meñique: todo se hace solo, no tienes más que pagar.

La moneda es un lenguaje inventado por la ciencia del bien y del mal. Un lenguaje concreto: el lenguaje del valor.

El lenguaje ordinario tiene dos formas: el lenguaje de la calidad y el de la cantidad. El de la calidad es el lenguaje corriente; el de la cantidad, es el de los números.

Por medio del lenguaje de la calidad, con los nombres, verbos y adjetivos, te expresas e intercambias ideas. Con el de la cantidad, ¡lo que haces es contar! Cuentas y te entiendes perfectamente por medio de las cifras, porque se discute sobre gustos y colores, pero no sobre cifras, y, como se dice, "las buenas cuentas traen buenos amigos". Por consiguiente, todos los cálculos son de gran utilidad para la justicia, el orden, los intercambios y los buenos negocios.

En fin, el lenguaje en el que la calidad y la cantidad van unidos, es el lenguaje del valor.

Ciertos nombres-cifras especiales corresponden al valor de cualquier objeto. Se imprime el nombre-cifra sobre el oro o la plata: de esta operación resulta un objeto que tiene un valor en sí mismo. ¿Por qué? Porque el oro y la plata son bonitos. Se puede intercambiar ese objeto con cualquier otro. De esta manera, uno se entiende con los demás hombres.

Me acuerdo que un día pregunté a mi padre (tenía yo diez o doce años): "Parece que muchos males vienen a los hombres por culpa del dinero: por qué no suprimen el dinero?" Me respondió: "Tú

tienes una vaca y yo un paraguas. Yo necesito tu vaca y tú necesitas mi paraguas. ¿Qué haremos? Haremos un intercambio: tú me das tu vaca y yo te doy mi paraguas. ¡Pero es absurdo, porque sabes perfectamente que una vaca vale mucho más que un paraguas! Y tampoco se puede cortar una vaca en pedazos... Entonces, ¿qué se puede hacer? Yo compro tu vaca y tú compras mi paraguas. No se corta nada en pedazos: es el dinero el que corta, el dinero es un pedazo del valor: una *pieza*".

Invento maravilloso del que se apoderó la ciencia serpentina, gracias a lo cual se pueden cubrir todos los subterfugios: es el prestigioso mundo de la economía.

Pobrecitos los que conocen menos que los demás la ciencia del bien y del mal y no saben servirse de ella. A las personas honradas se les enseña esto desde su infancia: calcular, cambiar, ganar. Entre personas inteligentes y bien educadas se practica el juego del "beneficio mutuo", el gran juego de sociedad, el juego que edifica la sociedad: yo te doy, tú me das. La regla del juego es dar lo menos posible para recibir lo más posible. Es muy fácil: cuando tienes una cosa que no te sirve, empiezas a buscar a alguien que la necesita y se la encajas a buen precio. El queda muy contento, ¡y tú más todavía!

Algo que, como amigo, os recomiendo de todo corazón: no robéis nunca. No conviene. A fuerza de atrapar, terminan por atrapar a ti. No, amigos míos, no robéis; es mejor practicar el comercio, ¡jugad e intentad ganar!

Es una pena, pero todos no pueden ganar. Es absolutamente imposible. Todo lo que gana uno, lo tiene que perder otro.

¿Y por qué la sala de juego nunca puede perder? ¿Por qué el jugador termina siempre arruinado? ¿Cuál es la lógica del juego? La lógica de la suerte. Eso es un hecho: el jugador acabará siempre perdiendo en beneficio de la casa —la sala de juego gana siempre su pequeño margen, tanto a costa del que gana como del que pierde.

Gracias a este juego es como la máquina social funciona. Y si funciona, produce; y si produce, es provechosa para todo el mundo, incluso para las víctimas de la sociedad, a los que llegan las migas. Pero, sobre todo, mantiene viva la gran esperanza de los que no han tenido suerte, la esperanza de cambiar de campo. Eso es lo que les

mantiene en vida. Cualquiera que sea el grado de opresión o de miseria en el que se encuentren, sueñan con salir de nuevo a flote, ellos mismos o por lo menos sus hijos. Todos se esfuerzan por adelantar a los demás. Es el resorte del progreso. Se procura producir o vender más que el prójimo. Lo que se pretende es subir, arribar, como suele decirse.

Cada uno sube sobre los hombros del que está delante, agarra por el pie al que está arriba, hasta que le agarren, a su vez, a él mismo por el pie y caiga por tierra. Los vencidos se encuentran abajo del todo y vuelven a empezar; empujones, tirones, subidas y recaídas, con todo eso el motor sigue funcionando.

Es a fuerza de ganar a costa del prójimo, de explotar, traficar y especular como finalmente se produce lo que conviene a todos, ¡mucho más eficazmente que con las obras de misericordia!

El bien, el mal, el mal por el bien y el bien por el mal, sus vueltas y revueltas, esto es lo que da al mundo un orden brillante y coherente. Todos mueven los hilos hacia sí y todos pasando por encima de los demás, y a pesar de todo, los hilos están bien entretreídos; el resultado es el tejido social. Un orden fundado en todo lo más opuesto a la justicia y a la caridad.

Así se explica el juego del "príncipe de este mundo" y así se comprende por qué "está ya juzgado" "a causa del pecado, de la justicia y del juicio".

Soy honrado, inteligente y activo; me he abierto camino. Ahora, tengo mis rentas, mi retiro, y miro a la sociedad con una mirada complaciente: encuentro que todo marcha muy bien... ¿Pero cómo es posible? ¿Qué es lo que sucede? ¿Quién? ¿Qué? ¿Cómo? Resulta que el honrado y sufrido pueblo se vuelve peligroso.

Y el pueblo, que ha hecho el papel de esclavo, el último en todo, de repente, gracias a la instrucción pública obligatoria y a los cursos electorales, siente brotar en él la semilla de la ciencia del bien y del mal. Y se dice que, al otro lado de la barrera, hay personas que comen todos los días tarta a la crema. ¿Por qué ellos sí y nosotros no?

No saben hacer trapicheos y cambalaches en los pleitos y en la política. Pero lo que sí saben —y muy bien— es gritar, dar golpes, in-

cendiar y poner bombas. Como son mayoría, les bastaría empujar todos a la vez para dar la vuelta a la tortilla.

Ya está: ¡a esto se le llama la revolución! Naturalmente, no hay ninguna mala intención en todo ello. Se producen muchos estragos: aparece gente colgada de las farolas, se instalan campos de concentración, se envían prisioneros a Siberia, pero es para tener un mundo mejor. Unos quedan arriba y otros abajo. A cada uno su turno y la máquina se pone de nuevo en funcionamiento. Ahora que estamos nosotros en el poder, no vais a emplear contra nosotros los pequeños trucos que hemos empleado nosotros mismos. Nosotros hacemos huelgas, pero, en adelante, un huelgista es un traidor a la patria y a la causa del pueblo. Hay que fusilarlo. ¿Los complotos? Mucho cuidado con eso. Cuando se reúnen tres o cuatro, hay que desconfiar. Los periódicos clandestinos, los libros subversivos no conseguirán gran cosa. Basta con organizar unas elecciones que se ganen con una mayoría de noventa y nueve por ciento.

Todo ha cambiado, pero nada ha cambiado; ahora habrá una sociedad sin clases en la que todos los hombres serán iguales. Pero contrariamente a lo que dice el señor Rousseau, los hombres no nacen iguales y tampoco quieren ser iguales. Si queréis que sean iguales, habrá que igualarlos. Y los que igualan no son iguales que los igualados. Lo cual nos da, por lo menos, dos clases, y enseguida tres: los iguales, los igualadores y los servidores de estos últimos. Estos serán primero los soldados, los policías, los camaradas del Partido, etc. Pero, pronto, se convertirán en expertos, profesores, directores, controladores.

La misma palabra -revolución- significa "una vuelta de la rueda". Y el mundo es una rueda que da vueltas. Y la rueda, en sus vueltas, aplasta a mucha gente -no hay que asombrarse de ello, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

Pasemos ahora al tercer grado de la ciencia del bien y del mal. Pasemos al nivel supremo de la ciencia del bien y del mal. Pasemos de un cuerno del diablo al siguiente.

El segundo cuerno se llama "posesión". El tercero se llama "poder" -todavía más bonito.

Posesión. *Posse* significa poder, y *sedere* significa sentarse. ¡El poseedor es el que puede sentarse! No cabe decirlo mejor: el que no posee nada debe permanecer de pie. El propietario puede sentarse sobre sus bienes como una gallina sobre sus huevos: así los hace producir.

El propietario tiene un poder directo sobre las cosas que posee e indirecto sobre los hombres que tienen que servirle para vivir. Pero no puede forzarlos. Pueden rechazar el servicio, ir a otra parte o incluso trabajar por cuenta propia, ¡ingratos de ellos! Es bien sabido, todos los ricos os lo dirán: la fortuna no hace la felicidad.

Lo que verdaderamente satisface, es poseer a los hombres directamente: es lo que se llama el poder. Tomar a un hombre y decirle: "Haz esto" y está hecho. Coger a otro y hacer que le corten el cuello porque no me agrada: eso sí que satisface de verdad.

La historia del mundo, de sus rebeliones y de sus guerras, es la historia de la búsqueda del poder.

Nunca encontraremos remedio a los defectos de nuestras instituciones mientras sigamos ignorando las causas de sus fiebres y de sus enfermedades crónicas que son la guerra, la rebelión, la miseria y la esclavitud.

Los reformadores, los revolucionarios, los sociólogos y los políticos tienen una buena dosis de esa ignorancia. Siguen pensando que si en lugar de este régimen, se pusiera aquel otro, si se organizaran las finanzas de esta manera o el trabajo de aquella otra, todo iría muy bien. Pero la guerra, la rebelión, la miseria y la esclavitud se encuentran en los regímenes más diversos; y hay pocas posibilidades de encontrar uno nuevo, dado que a lo largo de la Historia se ha intentado todo desde hace miles de años.

Lo cual no quiere decir que el hombre sea esencialmente malo e incapaz de trabajar por su felicidad y la de los demás.

El espíritu de sacrificio, la caridad, la generosidad nunca faltan del todo, eso sin hablar de gracias y virtudes menores. Pero esas cosas no constituyen el motor. Las estructuras no se apoyan en ellas. Aunque tampoco se apoyan sobre la maldad, la violencia, la hipocresía o la perversión. No hay que atribuir los males del mundo y de la Historia a la malicia de los hombres o a sus vicios.

- ¿Entonces a qué?

- Al pecado original universal. El pecado de Adán, es decir del hombre, de todo hombre en todo tiempo. ¡Los pequeños inocentes que somos todavía padecemos los efectos del pecado del abuelo! Pero tú, querido pequeño inocente, no solamente has "pecado en él", no sólo estabas "en sus riñones", como dicen los teólogos, "cuando pecó", sino que también continúas, guardas su herencia y la conservas cuidadosamente. El pecado original, lo cometes de nuevo cada vez que te sirves de tu inteligencia para aprovecharte de alguien. Ahora bien, hay que tener en cuenta que lo haces continuamente, que todos lo hacen continuamente, incluso los mejores. Se dicen: "¿Qué voy a ganar con esto?" Tomamos parte en el pecado; tomamos parte también en el castigo que no es más que la consecuencia lógica de esta cosa contraria a la lógica. Porque hay una lógica que marcha en sentido contrario, pero que marcha muy bien.

El motor y la ley de este mundo, es pues el espíritu de lucro y de dominio, del que vienen inmediatamente la rivalidad y la violencia. Ese espíritu hace las leyes y las viola, acumula las riquezas y provoca su ruina, edifica los Estados y los derriba porque lleva en él la contradicción destructora.

No nos detengamos demasiado en los asesinos, los ladrones, los timadores, los "chulos", los libertinos, los celosos, los canallas que hacen todo el mal que pueden, porque el mal que todos ellos hacen es insignificante: no es más que un poco de azúcar sobre la tarta. Pero la tarta misma, la tarta moral y política, es obra del "príncipe de este mundo", el rey de la gente bien, cuyo servidor comprometido, pagado, honrado y decorado es la sociedad distinguida.

Ahora que hemos terminado de plantear el problema, habrá que buscar los medios para resolverlo. ¿Cómo romper esas cadenas? ¿Cómo remontar esa corriente? La sociedad futura, con la que todos soñamos, ¿será el gobierno mundial? ¿la democracia total? ¿la Sociedad de las Naciones? ¿las Naciones Unidas? ¿los Soviets en todo el mundo? ¿o el reino de los cielos?

Es lo que vamos a examinar en la próxima conversación.

SEPTIMA CONVERSACION

Liberación-conversión y reino de los cielos

*¿De dónde viene esa admiración
de la gente por*

las expediciones a la Luna?

¿Por qué tanto interés?

*Porque son la mejor manera
y la más eficaz*

*de irse lo más lejos posible
de uno mismo...*

¿Cómo librarse de las cadenas del mundo? Vemos que todos nuestros esfuerzos para zafarnos sólo sirven para reforzar las cadenas. Para salir de la opresión, nos rebelamos, y con ello damos nuevas armas al opresor ¡y la opresión redobla! O si no, vencemos al opresor y los oprimidos se convierten a su vez en opresores.

Se proponen remedios sensatos: "Intentemos ser menos malos". No es mala idea, pero no resuelve el problema. "Intentemos hacer muy bien lo que hacemos. Hagamos con una conciencia profesional perfecta aquello por lo que nos pagan. Obedezcamos a las órdenes de nuestros superiores. Seamos cada vez más activos, cada vez más instruidos, cada vez más fuertes, más inteligentes, más virtuosos".

Es estúpido, muy honrado, muy moral, ¡pero atención! las guerras y las revoluciones no se producen ni la miseria perdura por culpa de los vicios y de la malicia de la gente. Sino a causa de la virtud y de la ciencia de los que son demasiado inteligentes.

¿Entonces, qué? ¿Qué hay que hacer para que llegue el reino de los cielos?

"Amigo mío, dice Jesús, hay que volver a nacer".

No se trata de hacerse cada vez más fuerte: tal vez haya que hacerse cada vez más débil. Ni de hacer cosas cada vez mayores. No. Haz sobre todo cosas más pequeñas que tú. Porque si posees una cosa que vale más que tú, es ella la que te poseerá; si haces una cosa mayor que tú, te postrarás de rodillas y ella hará de ti su esclavo y su adorador.

Si acumulas bienes que valen más que tú, no sacarás provecho de esos bienes: son ellos los que se aprovecharán de ti. Así pues, ten menos de lo que eres. Sé más de lo que tienes. Haz cosas pequeñas y sencillas, pero necesarias; el mundo mejorará y tú también. Ese es ya un camino para la reforma personal y social.

¡Cuánto no se gana sabiendo prescindir de ciertas cosas! ¡Qué ahorro de trabajo para ti y para los demás! ¡Qué te ha llevado a pensar que toda esa acumulación de baratijas era necesaria? ¡Qué te ha llevado a enredarte en ese sistema tan complicado de comodidades? Detrás de todo eso, se encuentran no solamente tus faltas, tus omisiones, tus limitaciones y tus malas artes. Está también el pecado, el pecado de todo el mundo. Está la inteligencia torcida y todo lo que la acompaña: el mundo al revés.

¿Habéis observado que todo el mundo va cabeza abajo? ¿Tal vez vosotros creáis que están de pie? A lo mejor es porque también vosotros que les miráis estáis cabeza abajo...

¡Atención! No se trata de cambiar un poco, de corregir un detalle: a ese extremo de perfección invertida se ha llegado avanzando de mejora en mejora. Se trata de volver, de convertirse.

Hemos hablado del pecado como de una revelación sobre la condición humana, que aparece desde las primeras páginas del Antiguo Testamento. Una revelación sin la cual no se puede comprender lo más mínimo del destino humano. No es, pues, de extrañar que se encuentre la llave de salida al comienzo del Nuevo Testamento.

Nuevo Testamento, Evangelio, buena noticia. ¿Cuál es esta buena noticia? La buena noticia, es que se ha encontrado una salida, una manera de salir de la pesadilla, de la locura, de la violencia, de la injusticia, de la opresión, en una palabra del pecado y del efecto del pecado.

Sabéis que el Evangelio tiene un preámbulo que es la predicación de Juan el Precursor.

Juan el Precursor predica en medio del desierto. La gente abandona las ciudades, los templos y todo lo demás. Tras la travesía del desierto encuentran a este gran sacerdote de un Orden nuevo. En medio del desierto y de la sed, está el Jordán; el Jordán descende de las nieves del Hermón hasta la fosa hirviente del Mar Muerto. A los que llegan hasta allá, los mete en el río. Pone su enorme mano sobre sus cabezas, los mete bajo las aguas, hasta que comienzan a gorgotear y a ahogarse. Después los deja salir: es el bautismo, la inmersión.

Nosotros, nos encontramos bajo el agua, angustiados, atormentados por la necesidad de llegar al aire, a la luz, de subir. La palabra de

Juan Bautista se encuentra en todo el Antiguo Testamento: "Convertíos".

Esta palabra, en latín y en griego, quiere decir "volvete, dad un vuelco de fuera hacia dentro". En hebreo y arameo, la misma palabra significa "volved hacia atrás". Se trata siempre de un cambio radical. Oímos todos los días en boca del hombre de la calle: "No se puede dar marcha atrás". Lo cual puede tener dos significados, que, por otra parte, se combinan:

1. No se puede resistir contra la corriente de la Historia que es más fuerte que nosotros.

2. No tenemos derecho a resistir y a remontar la corriente.

Ahora bien, por poco conocimiento de la Historia que se tenga, se reconocerá que siempre se ha vuelto atrás. Que *no hay manera de evitar* volver hacia atrás, dado que la Historia no se parece en nada a una carretera recta y ascendente: es más bien una serie de ciclos. Y lo propio del ciclo es volver al punto de partida.

De ahí, los eternos regresos de la Historia. Siempre que una civilización ha construido grandes monumentos y grandes máquinas, se ha hundido. El pueblo antes civilizado se ha puesto de nuevo a soñar sobre el fuego para cocer unas hierbas. Por otra parte nos damos cuenta de que todos aquellos que hemos encontrado en un "estado primitivo" son en general antiguos civilizados. Tras el paso de la vida salvaje a la civilización, viene la vuelta rápida a la vida salvaje.

Pero hay dos maneras de volver hacia atrás:

1. Cuando todo se ha desplomado, cuando todo ha ardió, uno se encuentra sentado en el suelo. Entonces hay que apañárselas como el hombre de las cavernas. Mientras no esté uno totalmente corrompido, podrido, debilitado por la civilización, se puede sobrevivir, levantarse y volver a empezar.

2. Pero también puede uno volver hacia atrás por sabia prudencia, sin necesidad de que se produzca ninguna catástrofe. Una vuelta atrás masiva incluso podría evitar la catástrofe; un gran esfuerzo general por una vida sencilla, por obedecer a la naturaleza, esta naturaleza que hemos violado continuamente en nosotros y alrededor de nosotros. Una vuelta a Dios.

Porque volver hacia atrás, convertirse, no significa volver a una época determinada de la Historia. Ya que todos los tiempos de la Historia son tiempos horribles, tan horribles como el nuestro. Se trata precisamente de remontar el sentido de la Historia; se trata de volver al principio, a Dios. Se trata también de volver a uno mismo, porque hemos sido mortalmente arrastrados lejos de nuestro propio centro, empujados a distancias cada vez mayores y a unas velocidades cada vez más vertiginosas. Al término de estas distancias, al término de estos espacios, al término de estas velocidades, se encuentra la muerte, la catástrofe, el desastre, la nada, la noche.

¿De dónde viene este asombro de la gente a cuenta de las expediciones a la Luna? ¿Cuál es el fin que éstas persiguen? ¿Por qué suscitan tan gran interés? Porque es la manera mejor y más eficaz de irse lo más lejos posible de uno mismo: ésa es la respuesta. El cohete y la bomba atómica son los frutos y el árbol: el árbol de la ciencia del bien y del mal cuya simiente es el pecado.

Pero el grito del que clama en el desierto sigue resonando a lo largo de todo el Evangelio. Enseña la conversión y el cambio total; nos enseña que todo cambia si cambia nuestro corazón. Vuestra inteligencia, vuestro corazón y vuestras acciones deben cambiar de dirección y entonces entraréis en un mundo nuevo.

Las Bienaventuranzas que recitamos marcan muy claramente este vuelco: "Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

¿Quiere eso decir que, para ser feliz, haya que ponerse a mendigar? ¿Que uno no tenga de nada?

"Pero yo, dice el civilizado, a eso lo llamo ser un desdichado. Los desdichados, los miserables, me dan pena, ¡no hay que imitarlos! ¡Hay que intentar sacarlos de su situación!"

Has hablado bien, civilizado. Sólo que no has leído bien. No se dice en ningún sitio: "Dichosos los miserables"; se dice: "Dichosos los pobres de espíritu", es decir aquellos a quienes el Espíritu ha inspirado ser pobres, los que son pobres voluntariamente porque han comprendido que es la verdadera puerta de salida del estado de pecado, porque el pecado consiste en el *espíritu de lucro*.

"Dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra".

Aquí, el verbo está en futuro. Porque hoy, los mansos no poseen la tierra; son los duros los que la poseen. Un violento, diez violentos apoyados por diez mil cobardes: eso da un poder considerable. El violento arma a los cobardes y luego los pone en el peligro: "Vamos a ver cómo pelean...". Harán cualquier cosa, matarán a cualquiera para salvar el pellejo. El miedo terrible que los acucia los transformará en héroes.

Pero el manso —traducido en el lenguaje de hoy: el *no-violento*— es el que no es ni duro ni blando. El que no se deja llevar ni forzar para hacer cualquier cosa. El que obra con espíritu de sabiduría, de bondad, de justicia, de moderación, de sobriedad y de prudencia. Todos estos objetivos pueden resumirse en la palabra "manso".

¿Cuándo poseerán la tierra los mansos?

Cuando los duros se hayan destruido unos a otros; cuando los duros y los cobardes hayan quemado y destruido todo.

Se nos dice frecuentemente: "Mirad este mundo. No sois vosotros ni vuestra no-violencia los que vais a dominar todo esto, todos estos ejércitos, estas fábricas y este comercio. No vais a ser vosotros los que vais a parar todo esto...". Nosotros respondemos con serenidad: "Incluso si tuviéramos el poder de destruir todo esto, no lo haríamos. Pero de todas maneras, todo esto quedará destruido". ¿Quién lo va a destruir? ¿Nosotros? No. Lo va a destruir ellos mismos. Se van a destruir unos a otros. Dejad pasar dos o tres generaciones: de todo eso, no quedará piedra sobre piedra. Parece incommovible, irrisistible; parece que crece más y más; va cada vez más de prisa; va cada vez más lejos; es cada vez más fuerte..., pero es extremadamente vulnerable; puede derrumbarse en un cerrar de ojos; es increíblemente ilusorio.

¡Ya veis que la gente fabrica todo lo necesario para destruir lo que fabrican! Piensan en destruir antes de pensar en construir. Se trata de destruir lo que hace el otro. Mientras que el otro piensa lo mismo respecto a nosotros, porque los intercambios de esta clase son normales entre amigos, entre compañeros, entre naciones hermanas. En situación de pecado, se fabrica para la destrucción: cuando se acumula en el pecado, se acumula para la dispersión. Cuando se intenta encadenar a los demás, uno mismo se ata al otro extremo de la

cadena. Cuando se prepara la muerte de otra persona, se está fabricando la propia muerte.

Ya veis en qué consiste la justicia de Dios y de qué manera es justa; la justicia de Dios consiste en que cosechas lo que has sembrado.

¡Ay, sembrador! ¡Mira primero qué simiente se encuentra en el fondo de tu saco! Obsérvala bien antes de depositarla en tierra. ¡Ah! ¿Tú no quisiste esa cosecha? ¡Pues tenías que haber comprobado lo que llevabas en tu saco! Si tiras una piedra al aire, te caerá sobre la cabeza. Es inútil que te pongas de rodillas, que juntes las manos y que reces: "Señor, Señor, haz que esta piedra no caiga sobre mi cabeza de imbécil..."

"Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados".

El niño nos enseña lo que es llorar. Y también el animalito abandonado por su madre. Los que lloran son los que saben que están aquí en un mundo de abandono, lejos de la fuente de la vida. Saben que están lejos del calor del nacimiento y de la paz de la unidad.

El que sabe esto, en lugar de alegrarse por lo fuerte que es, por lo seguro que está de sí mismo, por lo contento que está de encontrarse lejos de todo y de todos, y contra todo el mundo, el que se siente alejado de su fuente, el que la llama y se vuelve hacia ella llorando, ése será consolado.

"Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia..."

La justicia: armonía de las cosas, necesidad de equilibrio, de ajuste interno y de igualdad en los intercambios, intercambios de bienes y de gracias. El que tiene sensibilidad hacia todo esto, el que siente esta necesidad como siente el hambre, como siente la sed; aquel para quien la justicia es una necesidad vital, ése es dichoso porque la justicia es la ley del mundo y al final se acaba siempre por hacer justicia; porque sólo en justicia podemos actuar, vivir y pensar. Ese es el que será saciado; acabará comprobando que, a pesar de todas las apariencias, la justicia gana y domina.

Cada vez que la perturbas, se restablece. Si realizas acciones contrarias a la justicia por alcanzar lo que te parecía un bien, verás, al cabo de cierto tiempo, que el bien alcanzado no era tal.

Inmediatamente después de la justicia viene la misericordia: "Dichosos los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia".

Se trata de una justicia dulce y más elevada. El misericordioso es el corazón (cuerda) conmovido por la miseria. La misericordia desciende sobre el que es más pequeño o más desgraciado que uno mismo. Por una justicia divina, por una justicia vertical, cuanta más misericordia da a los de abajo, más misericordia recibe de arriba.

La justicia es una balanza horizontal; la misericordia es una balanza vertical. Da y recibirás. Más vale estar abajo que estar arriba.

Los discípulos se dicen: "¿Quién de nosotros será el mayor en el reino de los cielos?" Y lo siguen diciendo hasta el último momento: en vísperas de la Pasión, todavía discuten entre ellos quién será el primero.

"El primero será el que quiera ser el último". Jesús pone ante ellos a un niño pequeño: es a éste a quien tenéis que imitar. Porque es pequeño y lo sabe. Lo necesita todo y sabe pedir. Sed como este niño.

Entonces, ¿qué es el reino de los cielos?

En las Bienaventuranzas, se habla de ellas dos veces en presente; y las demás veces, en futuro: "serán", "poseerán", "verán". Pero en la primera y en la última Bienaventuranza leemos: "De ellos es el reino de los cielos". Por tanto, el futuro reino de los cielos es ya una realidad. Y puede hacerse presente en nuestro corazón hoy mismo. Se hará visible en el mundo cuando haya un número suficiente de hombres que lo hayan reconocido. Sobre todo, si estos hombres tienen el propósito de agruparse entre ellos, formarán rápidamente un pequeño número de personas conforme al reino de los cielos. Por consiguiente, un mundo muy diferente del nuestro y de todos los que nos ofrece la Historia.

Este mundo, el de la Historia, está fundado sobre lo que los hombres tienen en común: el pecado. El espíritu de lucro que hace moverse a los hombres, la ley que regula el juego de la rivalidad, el espíritu de dominio que suscita a los jefes y los empuja de inmediato unos contra otros. Es verdad que frente a las sociedades reales, se construyen también sociedades imaginarias. La razón y los sueños se unen para producir admirables utopías.

1. Cf. *L'Arche avait pour voiture une vigne*, p. 258.

Lo malo que tiene una utopía, decía Huxley, es que siempre se realiza y además rápidamente. Lo mismo Platón, que Rousseau o Karl Marx, han hecho sobre el papel la república perfecta, y por cierto con claras muestras de su genio: todo marcha muy bien. Basta con mojar la pluma en la tinta y emborronar cuartillas. Después, los genios mueren (probablemente en la miseria). Pero el libro es inmortal; un siglo después, ese libro pone en movimiento a las muchedumbres y tenemos la revolución.

Se derroca al gobierno antiguo para fundar el orden nuevo sobre la libertad y la igualdad de los hombres. Muy hermoso. Estupendo. La gillotina, los campos de concentración, las ametralladoras, las purgas soviéticas, son para forzar a la gente a entrar por el camino de la felicidad; de la igualdad, de la justicia...

El fallo del sistema es que la persona que ha escrito ese bello libro no se ha dado cuenta de sus errores. El gran genio, el filósofo, el economista, el sabio desconocía la naturaleza humana, porque nadie conoce la naturaleza humana. Esta es una regla general que siempre hay que tener en cuenta. Hay personas que creen poder decir algo sobre los hombres: son como los que hablan de la muerte con autoridad. Todos los errores geniales de esa persona se van a traducir inmediatamente en horror dentro de la Historia.

Pero existe otra manera de realizar las reformas: desde la realidad, con sentido común y humanidad, intentando corregir las leyes, encontrar los defectos y mejorar las cosas. Hay gente que vive en la miseria: "¿Cómo podríamos ayudarles?". Hay culpables: "¿Cómo podríamos, no castigarlos, sino curarlos?". Intentar humanizar la justicia, mejorar las finanzas; buscar el bien común por métodos ordinarios, los que están al alcance de nuestra mano. Tenemos la capacidad y la libertad de hacer lo que nos parece bueno y de hacerlo aceptar por otras personas. De esta manera se pueden lograr las vacaciones pagadas, salarios dignos, seguros de desempleo, subvenciones familiares...

Este segundo método es mucho mejor que destruirlo todo sin saber qué se va a poner en lugar de lo destruido. De esta última manera, en lugar de resolver los problemas, no se hace sino desplazarlos, porque el pecado que sigue activo en todos nosotros es

fecundo en problemas. En cuanto se hayan proclamado las buenas leyes, todos buscarán la manera apropiada para esquivarlas y hacerlas funcionar al revés. Y, al final, la guerra siguiente se llevará todas las mejoras realizadas al mismo tiempo que a todos los que las ejecutaron.

Todavía queda la solución radical: buscar el reino de los cielos y su justicia.

La gente dice: "En el Evangelio no hay nada que pueda indicarnos qué política es la más conforme con él".

Al contrario, queridos amigos; tiene indicaciones muy precisas. "¡Hace ya dos mil años que el Evangelio ha sido predicado, dice Thoreau, y todavía no ha aparecido nadie suficientemente inteligente para aplicar la ciencia de la legislación que contiene!"

Nadie nos ha enseñado el mundo que podríamos realizar desde la conversión.

Para fundar este mundo, hay que comenzar necesariamente por la conversión. Y conversión significa *vuelco interior*. Para los no-convertidos, las palabras del Evangelio son contradictorias y vagas.

El reino de los cielos es como un padre de familia... El reino de los cielos es como una simiente minúscula que se deposita en tierra... El reino de los cielos es como dos medidas de levadura que se meten en la masa... El reino de los cielos se asemeja a un rey que llama a sus servidores... Buscad el reino de los cielos y todo lo demás se os dará por añadidura...

¿Por qué os inquietáis? ¿Qué comeremos mañana? ¿Cómo nos vestiremos? No nos ocupemos de esto. Ocupémonos de la justicia del reino de los cielos, y todo lo demás seguirá.

Buscad y encontraréis... Llamad y se os abrirá... Pedid y se os dará. Perdonad y seréis perdonados... Si os golpean en una mejilla, presentad la otra... Si os arrancan algo, dad también un pequeño regalo al ladrón.

-¡Vaya! ¡Eso sí que cambia las cosas y lo echa todo por tierra. ¿Vais a fundar una sociedad sobre esos principios?

-¿Y si lo intentáramos? ¿Qué nos impide intentarlo?

-Está condenado de antemano al fracaso. ¡No somos santos!

-¡Menos mal que lo dices! Si fuérais santos, no habría por qué intentar, ¡ya estaría hecho!

Y puesto que no somos santos, y en la medida en que no somos santos, habrá mucho que echar por tierra, habrá que arrancar muchas cosas y habrá que sufrir mucho.

Pero si continuamos haciendo lo contrario, sufriremos más todavía y moriremos de la misma manera, pero moriremos por nada.

OCTAVA CONVERSACION

Conferencia de prensa en Saint-Côme

*Un revolucionario decía
a Gandhi: "Jamás en la Historia,
se ha visto a un pueblo
librarse de la opresión
sin efusión de sangre".*

*Gandhi respondió:
"¡Muy bien! nosotros escribiremos
una Historia diferente".*

Pregunta.— ¿Qué piensa usted de la no-violencia?

Respuesta.— Lo que piensa todo el mundo: que consiste en no hacer nada o en dejar que te hagan. Pero la verdad es exactamente lo contrario. La no-violencia es una manera activa de combatir el mal. Es decir no a la violencia sin oponerle una contra-violencia. Es decir no a la injusticia sin cometer injusticia.

En consecuencia, hay que encontrar métodos, pero probablemente ninguno de nosotros sería capaz de encontrarlos por su propia cuenta. ¿Qué hacer entonces? ¿Por dónde empezar?

Recordemos que el poder de la no-violencia se ha manifestado en la época de la bomba atómica.

Gandhi liberó la India por la no-violencia, es un hecho histórico. Todavía hay quienes lo niegan, pero no son ni Indios ni Ingleses. Martin Luther King y sus negros llevaron a cabo un movimiento de resistencia a favor de su raza. Hoy, en California, un tal César Chávez dirige una lucha en favor de los obreros agrícolas, a los que se les trata como a animales. Estas personas encontraron su método. Es urgente que descubramos cómo manejar esta fuerza para que sea eficaz.

P.— ¿Hay, pues, métodos no-violentos?

R.— Naturalmente, hay un método no-violento y una técnica de la no-violencia. Pero no es un truco ni un invento ingenioso para man- tenerse al abrigo de los golpes. Es, como dice un filósofo italiano, “una manera de hacer que se deriva de una manera de ser”.

P.— Usted habla frecuentemente de una manera de ser como si se tratara de algo fundamental.

R.— ¡Por supuesto que es fundamental! Si no actúas según tu ser, eres un mentiroso y, en general, a tu acción le faltará eficacia. Pero en lo que se refiere a la no-violencia, encuentro que es muy bueno y

consolador pensar que le falta eficacia en cuanto le falta verdad. Por eso Gandhi la llamó una "fuerza de la verdad".

P.- Según usted, ¿se dan naturalezas violentas y naturalezas no violentas?

R.- A esta pregunta contestaría que se dan dos maneras de "ser naturalmente". Se puede ser violento o cobarde, y en general somos violentos y cobardes. Todos lo somos en grados diversos. La no-violencia no es natural. Es un esfuerzo por salir de esos dos estados. Tanto del estado de la violencia como del estado de la cobardía. Diré incluso que el no-violento se opone más al cobarde que al violento y que su peor enemigo es la inercia, la neutralidad. A los violentos se les puede cambiar. Se podría decir que la no-violencia es una violencia convertida, la fuerza de la cólera que sabe contenerse y encontrar su camino. Es una conversión de la cólera en amor.

P.- A su manera de ver, ¿de qué depende la violencia?

R.- La violencia está en toda la naturaleza... Habría que dar una buena definición para no confundirla con la fuerza. Hay violencias que no despliegan ningún género de fuerza. Por ejemplo, la hipocresía.

En cuanto a la fuerza, es lo mejor del mundo; la fuerza es el ser, es la virtud. Dios es el Todopoderoso. De la debilidad no se puede esperar nada bueno. Pero la violencia es el abuso de la fuerza, y como dicen los latinos: "El abuso de lo mejor es lo peor que hay". Se pretende defender la justicia por la fuerza: es un error. En cuanto se emplea la fuerza, se tergiversa todo. Si se busca el triunfo de la justicia, hay que conseguir que se imponga de la misma manera como se impone la justicia de Dios. Dios no nos fuerza a que seamos buenos, ni a que le amemos ni a que actuemos rectamente. No estamos seguros de tener la justicia ni de tener la verdad, y por eso queremos forzarles a hacer o a pensar como nosotros. Nos equivocamos por partida doble o triple. Las victorias de la violencia son ilusiones.

P.- En una relación entre dos personas, por ejemplo en la pareja, la no-violencia consistiría en no forzar nunca al otro a que haga lo que uno quiere verle hacer. ¿Cómo se concreta esto?

R.- Sencillamente de la manera siguiente: consignes hacerle hacer al otro lo que tú quieres que haga -con tal de que lo que quieres

sea verdadero y justo- por un medio no violento, es decir persuadiéndoselo. Puedes persuadirle con palabras y convencerle. Pero también ocurre, a veces, que no lo consigues. En ese momento empieza la no-violencia, es decir la persuasión por los actos. En primer lugar vas a obligar a esa persona a que te haga el doble de mal del que te hacía, y lo vas a soportar. De manera que termine comprendiendo ella misma que no puede continuar. Algo se mueve dentro de ella y entonces cambia.

P.- ¿Pero en la pareja no debe haber dos personalidades fuertes? ¿No debe haber dos fuerzas iguales?

R.- La no-violencia, tal y como la hemos definido, no tiene razón de ser en la pareja, a menos que se trate de una pareja desavenida, lo que es frecuente, pero no normal.

P.- Usted ha dicho cosas muy bonitas sobre el amor... Usted se casó a una edad bastante avanzada: ¿qué hizo que el amor se convirtiera un día en algo importante para usted hasta el punto de decidirle a casarse?

R.- Fue porque los dos avanzábamos en la misma dirección. Por cierto, es un consejo que daría a todas las parejas. No os estéis mirando demasiado uno a otro; mirad los dos en la misma dirección. Entonces os amaréis con un amor duradero.

P.- ¿Las diferencias de naturaleza...?

R.- Las diferencias de naturaleza están hechas para compensarse. El amor es siempre un juego entre los parecidos y las diferencias. Si fuéramos totalmente parecidos, no podríamos amarnos. Si fuéramos totalmente diferentes, tampoco lo podríamos. Es necesaria una justa medida que ponga relieve. ¿Por qué hacen falta dos ojos? Porque los ojos ven lo mismo, pero de manera ligeramente diferente: es lo que da relieve a la imagen. Y una pareja es: dos ojos que miran una misma imagen.

P.- Estar casado, ¿sería pues una manera de ver la misma cosa de dos maneras diferentes?

R.- Sí: una manera masculina y otra femenina. Cada uno ve según su naturaleza.

P.- Si cada uno sigue su propia naturaleza, ¿cómo va a ser posible entenderse?

R.- ¿No es verdad que cada uno tenemos dos naturalezas: una naturaleza masculina y otra femenina, lo mismo el hombre que la mujer? La diferencia de sexos no es una diferencia de todo o nada, sino de más o menos. Estas dos naturalezas son dos polos, no dos objetos. Entre los polos se da una comunicación. Sin ellos, no habría vibraciones ni corriente.

P.- ¿Entonces usted dice que hay dos naturalezas en una misma persona?...

R.- ¡Ciertamente! Incluso hay huellas en el cuerpo: su mano derecha y su mano izquierda no son del mismo sexo. La mano derecha es de naturaleza masculina, la de la voluntad; la izquierda es de naturaleza femenina, la del sentimiento.

P.- ¿Cuál sería entonces la aportación femenina a la pareja?

R.- La mujer es evidentemente más sensible; ve con su sensibilidad. El hombre, en cambio, reacciona más con su inteligencia y su voluntad. Las dos dimensiones forman un todo.

P.- ¿Qué hace falta para que no quede nada de violencia?

R.- Una parte de naturaleza, una parte de gracia y una parte de voluntad: es preciso que estos tres elementos trabajen juntos.

P.- ¿Puede usted imaginar su comunidad sin religión? ¿O su filosofía sin religión?

R.- No, no se la puede imaginar. Hemos pensado en la no-violencia religiosa porque hemos padecido esta contradicción: que la religión se convierta en un motivo de división. Para nosotros, la religión es la adoración del Uno, de la unidad, de la unión. Consideramos, pues, toda disputa religiosa como contraria a la religión. ¿Cómo puede conciliarse la fidelidad a nuestra religión y la apertura a todas las demás? Admitimos en nuestra comunidad a todo creyente de cualquier religión con tal de que la siga. Ustedes me dirán: "Y los que no creen, los que no creen en nada, los rechazan ustedes?". No, no los rechazamos.

P.- ¿Y de hecho, entran en su comunidad?

R.- En nuestra comunidad no entran "ateos", pero eso no quiere decir que no vengán con nosotros: al cabo de poco tiempo, dejan de ser ateos...

P.- A usted le parece que el ambiente de Quebec está bastante penetrado de espíritu cristiano y, por otra parte, que la juventud es contestataria y preocupada...

R.- Aquí, como en otros sitios, hay contestación. Lo peor sería que no la hubiera. Conozco países en los que el problema de la contestación no se plantea: no hay reacción, ni a favor ni en contra; no hay nada. Algunas personas no son contrarias a la religión, son como animales, como los perros o los gatos; para ellos, eso no existe. Puedes interpretar música ante un perro o un gato, eso no va con ellos. Lo mismo sucede con algunos hombres: puedes hablarles de religión todo lo que quieras, no saben de qué estás hablando. Pero el rabioso, el "anti", en general tiene un espíritu religioso muy agitado. Puede esperarse que un día se produzca en él un cambio.

P.- ¿Está usted en contra del *struggle for life*, esta manera de ser de las personas combativas? ¿No es cierto que se necesita una cierta dosis de combatividad en el mundo en que vivimos?

R.- Sí, hace falta, si se quiere emplearla en un sentido positivo. Y una de las maneras positivas es precisamente la no-violencia, la cual es por su parte una forma de lucha por la justicia.

P.- Cristo ha dicho que presentemos la otra mejilla, después de recibir una bofetada en la primera; ¿por qué? ¿Es posible hoy en día?

R.- Ciertamente. No solamente es todavía posible, sino que es el verdadero método. No solamente en lo que concierne a las mejillas y las bofetadas —porque todas las violencias no se reducen a bofetadas—, sino también en lo que se refiere a las grandes luchas humanas, las luchas de clases, de razas o de naciones. Es ahí donde funciona de verdad el principio de ofrecer la mejilla izquierda: invitar al enemigo a que redoble en lugar de impedirlo. Para que, al redoblar, su conciencia pierda el equilibrio. Porque la justicia no es solamente una cuestión de razón: es también un instinto, el instinto del equilibrio. Si le devuelves la bofetada, si haces esa tontería, terminaréis pegándoos. ¿Quién ganará? El más fuerte. Si tú quieres que gane el más justo y no el más fuerte, es preciso liberar la fuerza de la justicia. La fuerza de la justicia reside en el corazón del hombre: es preciso que despiertes en tu enemigo el sentido de la justicia que se en-

cuentra en él. Ciertamente está en él, porque está en todo hombre; debe de estar ahí, pero hace falta que tú le des la ocasión de manifestarse. No podrás ofrecerle esta ocasión si no es invitándole a duplicar, a triplicar, a quintuplicar la injusticia, hasta que pierda el equilibrio.

P.- Son muchas injusticias...

R.- Sí, pero solamente el exceso de injusticias, todas acumuladas del mismo lado permite cambiar la situación. Naturalmente, tienes que soportarlas sin quejarte. Tampoco debes ganar, portándote de tal manera que el adversario tenga compasión de ti; o que empiece a cansarse y ceda porque está harto; o porque teme quedar mal ante la gente. No permitirás que se quede tranquilo y que se permita parar más que cuando haya comprendido verdaderamente que no puede continuar...

P.- Pero si permito que abusen de mí, ¿no estoy fomentando el desprecio de los demás?

R.- En un primer tiempo, sí lo fomentas. Pero tú fuerzas su respeto por la manera como soportas que te pisotee. Sin duda, te va a tratar de cobarde. Pero es evidente que si fueras un cobarde, no estarías ahí dándole firmemente la orden de volver a empezar. Terminará dándose cuenta que no le tienes el menor miedo.

Porque no basta con aceptar, con "ofrecer" la mejilla. La palabra "ofrecer" tiene una gran fuerza. Se trata de "forzar" al enemigo a que te golpee por segunda vez, aunque no tenga ganas; y por tercera vez y por cuarta vez. Si se para, le persigues, marchas sobre sus talones, te agarras a él. Necesariamente terminará haciéndose algunas preguntas...

P.- En Quebec, como en otros muchos países, tenemos ahora nuestros revolucionarios que dicen que no puede haber cambio histórico sin violencia...

R.- Es exactamente lo que decía un revolucionario a Gandhi: "Jamás, en la Historia, se ha visto a un pueblo librarse de la opresión sin efusión de sangre". Y Gandhi le respondió con mucha calma: "Muy bien, nosotros escribiremos una Historia diferente...". Decía también: "¿Qué es la Historia? Es la historia de nuestras desgracias. Es la historia de nuestros crímenes". En efecto, ¿qué es la Historia?

¿Qué recuerda la Historia? Recuerda que los reyes se hacían la guerra y se mataban entre sí y lo mismo sucedía con los pueblos. Si no hubiera habido más que eso en la Historia, nosotros no existiríamos. Pero cuando dos pueblos se entienden, cuando sus jefes reinan en paz, entonces la Historia no dice nada.

P.- Malraux decía: "Entre Dios y la Historia, he escogido la Historia".

R.- Pues bien, ¡es una triste opción!

INDICE

	<u>Págs.</u>
PREFACIO de Pierre Souyris	5
PROLOGO	
Las conversaciones del lago Saint-Côme	11
PRIMERA CONVERSACION	
Acerca de la libertad y la ley	16
SEGUNDA CONVERSACION	
Acerca de las tres potencias liberadoras	28
TERCERA CONVERSACION	
Caridad y justicia	46
CUARTA CONVERSACION	
Preguntas y respuestas	60
QUINTA CONVERSACION	
Acerca de las cuatro plagas y de su causa: el pecado	72
SEXTA CONVERSACION	
Acerca de los dos cuernos del Principe de este mundo	86
SEPTIMA CONVERSACION	
Liberación-conversión y reino de los cielos	98
OCTAVA CONVERSACION	
Conferencia de prensa en Saint-Côme	110
	119

**Biblioteca Autorrealización
Oriente-Occidente**

- El Amor**, *Peter Lauster* (2ª Edición).
Búsqueda de la propia identidad, *Félix Acha Irizar*.
Cómo potenciar la Autorrealización,
Joaquín Mª Fuster (Agotado)
Dinámica mental, *Ch. H. Godefroy* (2ª Edición).
La Parapsicología, *Varios Autores* (2ª Edición).
Realización interpersonal, *Félix Acha Irizar*.
Relajación y sofrología (en comic), *José Santos Nalda*.
Las religiones orientales, *Xavier Moreno Lara* (Agotado).
Stress. Grandes especialistas responden, *S. Bensabat y otros* (2ª Edición).

**Biblioteca de Educación
y Acción Social**

- Delincuencia juvenil en la sociedad de consumo**, *Ciriaco Izquierdo*
Historia de la Comunidad Europea, *José María Laguna*
Jóvenes en la cárcel, *Ciriaco Izquierdo*
Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo, *Javier Domínguez*
Plan de formación político-social, *Javier Domínguez y Javier Castiñeiras* (Agotado)
Protesta y rebeldía de la juventud actual, *Ciriaco Izquierdo*

Biblioteca Tests

- Cómo entender los tests, para responderlos correctamente**, *Jean-Louis Sellier*
Concentración psicológica, *Ernst Ott* (2ª Edición)
Entrena tu inteligencia, *Ernst Ott*

El lector no encontrará en este libro las mil y una técnicas suscitadas por la acción no-violenta o ecológica, inaugurada hace ya casi cincuenta años por Lanza, Gandhi y otros. La obra apunta a las causas de la violencia, desde el pensamiento dialéctico, filosófico y religioso del autor. Lanza del Vasto no es un pesimista; su vida entera de reformador, de hombre de acción, de fundador de Comunidades no-violentas del Arca, de promotor de grupos urbanos de *aliados* y de *amigos*, sus libros, sus conferencias en los cinco continentes nos hablan de que el fin del mundo no es algo natural ni fatal. Está en manos del hombre perpetrarlo o evitarlo. Por este motivo, antes de morir, nos deja este último aviso a la humanidad como un resumen de toda su enseñanza, de toda su acción, en una palabra de toda su vida, rica de experiencia y reflexión. *La no-violencia es un hecho histórico... Es urgente que descubramos cómo manejar esta fuerza para que sea eficaz... La no-violencia es una violencia convertida... Es la conversión de la cólera en amor.*



BIBLIOTECA
AUTORREALIZACION
ORIENTE OCCIDENTE

LA FUERZA DE LOS NO-VIOLENTOS ☩ LANZA DEL VASTO



☩ **LANZA
DEL VASTO**

**LA FUERZA
DE LOS
NO-VIOLENTOS**

PARA EVITAR EL FIN DEL MUNDO

EDICIONES MENSAJERO